

50

PÁGINAS OLVIDADAS

DE LA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

T. 1152249
C. 7441051

PÁGINAS OLVIDADAS

DE LA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

SUCINTA NARRACIÓN DE ALGUNOS HECHOS DE ARMAS

DE LA

GUERRA SEPARATISTA DE AMÉRICA

POR

D. Manuel Castaños y Montijano,

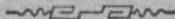
Comandante Capitán de Infantería y Profesor de la Academia General Militar,

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. Casto Barbasán Lagueruela,

Capitán de Infantería y Profesor de la misma Academia.



TOLEDO—1892

J. PELÁEZ, IMPRESOR Y LIBRERO DE LA ACADEMIA

Comercio, 29 y 31—Alcázar, 20.

Telefonos 31 y 32.

Es propiedad.—Queda hecho
el depósito que marca la ley.



R. 147801

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	
CARTA-PRÓLOGO DE D. CASTO BARBASÁN.....	ix
Consideraciones sobre la guerra separatista de la América española.....	1
Batalla del puente de Calderón.....	9
Sitio y toma de El Sombrero.....	15
La expedición de Morillo y la toma de la isla Margarita.	21
Sitio de Cartagena de América en 1815.....	31
Operaciones sobre el Apure y la ciudad de Angostura.	39
Batalla de la Puerta.....	47
Carabobo.....	51
Cumaná.....	61
Batalla de Guaqui.....	73
Batallas de Salta, Vilcapugio y Ayohuma.....	85
Batalla de Viluma.....	95
Chacabuco, Cancharrayada y Maipú.....	101
Torata y Moquehua.....	109
Conducta del General Olañeta y el desastre de Junín.	116
Batalla de Ayacucho.....	123
Acta de la capitulación de Ayacucho.....	139
<i>Post scriptum</i>	143

Al Excmo. Sr. D. Manuel de La Cerda y Gómez del Pedroso,

General de Brigada de los Ejércitos Nacionales; Caballero Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y de la blanca del Mérito Militar; Comendador de las Ordenes de Carlos III, Isabel la Católica y Cambodge; condecorado con dos cruces de San Fernando; con la de San Juan de Jerusalén y con la medalla de África, y actual Director de la Academia General Militar.

*Mi respetable General: El amor á las glorias de la milicia española me indujo á desenterrar estas **Páginas olvidadas** que, por culpa de mi insuficiencia, quedarían desprovistas de todo valor si el reputado nombre de V. E. no se lo prestara bien preciado.*

No rehuse V. E. el ampararlas y será una merced más que habré de agregar á las tan numerosas como inmerecidas que ha dispensado á su afectísimo subordinado y seguro servidor

Q. B. S. M.

Manuel Castaños y Montijano.



CARTA-PRÓLOGO

Al Sr. D. Manuel Castaños y Montijano.

Mi apreciable amigo: Ha querido Ud. honrarme por modo extraordinario solicitando de mi insignificancia que asocie mi nombre al suyo, como prologuista de sus bellas *Páginas olvidadas de la Historia militar de España*.

Obstinado Ud. en el pedir y yo débil en el negar, poco ha faltado para que se consumara esta herejía, que herejía y no floja hubiera sido que yo, mísero mortal que no ha visto á América más que en el mapa, y que apenas si conoce mediã docena de americanos, prologara un libro de sucesos acaecidos en aquellos remotos países.

Afortunadamente para Ud. y para mí, amigo mío, en cuanto me ví pluma en dedos, frente á frente de las cuartillas, lleno de embarazos, y que á pesar de contemplar una y otra vez las espirales de humo de mi cigarrillo, la primera palabra no acudía al magín, comprendí que por todos conceptos estaba fuera de lugar mi per-

sona en este negocio, y que no era posible de modo alguno que yo llevara adelante la promesa que mi complacencia había dejado escapar con más espontaneidad que reflexión.

Yo no puedo cumplir ninguna de las misiones del prologuista. Yo no puedo, por ejemplo, presentar á Ud. en la república de las letras; primero, porque Ud. es ventajosamente conocido por el elemento estudioso de nuestro Ejército, que ha saboreado con placer su *Geografía militar de la Península Ibérica*, utilizada en el extranjero por el General Pierron para no pocas cuestiones de su último libro *La défense des frontières de la France*; esas mismas Páginas olvidadas las conocen los lectores de los *Estudios Militares*; ha sido Ud. justamente elogiado en la prensa portuguesa por su notable *Estudio geoes-tratégico de Portugal*, y ha colaborado Ud., por último, en la *Revista Técnica de Infantería y Caballería* y en *El Correo Militar*. No es Ud., por lo tanto, un ser desconocido para el público militar ilustrado. Pero si acaso lo fuera, ¿cómo había yo de presentarlo? ¿No correría el riesgo de que me preguntaran, como al despreocupado del cuento, y á Ud. quién lo presenta?

Tampoco podría glosar el contenido de estos artículos, pues apenas sabía lo más saliente de lo

que Ud. ha recogido en sus estudios, y, dicho se está que otros muchos sucesos los he leído por vez primera en ellos, con lo que bien se ve que carezco de elementos para formar juicio fundado acerca del acierto con que Ud. los ha tratado; ni puedo proceder por comparación porque no tengo con qué compararlos. Así esta otra fase de un prólogo me está no menos vedada que la primera.

No vaya Ud. á creerse que todas estas disculpas las amontono para eludir el compromiso, sólo por eludirlo, y no tomarme el trabajo de pensar algo sobre el asunto, que es lo único que podría Ud. sospechar, toda vez que le consta á ciencia cierta que he leído con gusto, y no una sola vez, cada uno de los episodios que narra con una sobriedad envidiable. Y menos debe usted pensar que un alarde de falsa modestia me induce á declararme incompetente. No, señor, no es ni más ni menos que lo que le digo; que no estoy en condiciones de hacer un prólogo que fuera digno de las *Páginas* y que respondiera al inmerecido honor que me dispensa.

Como Ud., deploro que este período de la historia no haya tenido un historiador militar que hubiera reunido, clasificado y comentado los datos precisos para formar un cuerpo de doc-

trina que nos enseñara lo que se había hecho en aquellas guerras, y nos sirviera de saludable aviso para las que quizá el porvenir nos reserva en lo poco que aún nos queda de nuestro antiguo poderío. Y comprendo perfectamente que no haya Ud. acometido la empresa, aunque disiento de las razones que Ud. alega; no por falta de competencia, como Ud. modestamente dice, sino porque para hacer la historia de aquel período sería preciso que Ud. tuviera á su disposición unos archivos que están muy lejos de aquí, que contara con un tiempo que no tiene, y que se hiciera bajo la protección y á expensas del Gobierno, lo cual tampoco parece muy cuerdo esperarlo por hoy.

Ya sé que jamás se propuso Ud. emprender tamaña tarea, y que sólo quiso llamar la atención de quien pudiera hacerlo. Y á fe que ha conseguido el objeto y que ha sabido Ud. mantenerse en los límites que se trazó. Ha reunido Ud. lo más culminante; ha trazado cuadros muy bonitos y animados de aquella lucha homérica, y leyendo, leyendo, se despierta el apetito por conocer aquella epopeya con toda su magnitud; y ¡quién sabe!, quizá alguna de esas plumas magistrales busque las facilidades que á Ud. le están vedadas mientras permanezca aquí sujeto

á la asidua tarea del profesorado, y llegue á darnos lo que hoy echamos de menos.

Entre tanto que esto ocurre, y ojalá fuera pronto, Ud. ha prestado un buen servicio recordándonos que allá, en el otro Continente, nuestros soldados lucharon, como siempre ha luchado el soldado español, en circunstancias difícilísimas, con toda clase de contrariedades, y haciendo frente á situaciones complicadas y extraordinarias. Creo, sin embargo, que no debe usted dar por terminada la tarea: creo que los que hemos saboreado estos puntos cardinales tenemos derecho á exigir de Ud. que, siquiera sea en estado de boceto, rellene el cuadro, narrándonos otras operaciones á que con frecuencia alude en sus capítulos. Y si como espero y le deseo, tiene Ud. que hacer pronto una nueva edición de estas *Páginas olvidadas*, saque Ud. también del olvido esas otras de que no ha hecho ahora más que dar el nombre, y sepámoslo todo, aunque sea sucintamente reseñado; que más valdrá esto que no saber nada, y quedará amortiguado el apetito que nos ha despertado.

Contra lo que muchos tal vez opinen, yo creo que estas enseñanzas son para nosotros de gran valor. Claro es que no producirán en el

lector la admiración, el éxtasis en que se sume el que lee y relee las campañas de Napoleón I, ni el asombro que por la magnitud de los medios produce la franco-alemana; pero si nosotros no hemos de asistir, según dicen los que entienden de estas cosas, á ninguna de esas guerras tremebundas, ante cuyo fantasma se estremece Europa, y por el contrario, podemos vernos más ó menos pronto amenazados con la reproducción de trastornos en nuestras colonias, lógico parece que prestemos gran atención á todo lo que puede conducirnos á adquirir los conocimientos necesarios para esta eventualidad posible, y aunque el espíritu no se solace grandemente, tratemos de investigar las leyes á que obedecen estas cosas *pequeñas*, que no por serlo dejan de costar amargos sinsabores, á veces mayores que las grandes. Y la prueba la tiene Ud. en este mismo ejemplo: ¿Puede compararse lo que perdió Francia en su monumental guerra de 1870-71, con lo que perdimos nosotros en esas, al parecer, insignificantes campañas de que Ud. nos habla?

Le digo á Ud. esto porque, si por acaso estuviera Ud. contagiado de la general manía de grandezas de que parece estar invadida la humanidad; si piensa Ud. en las complicaciones probables y en las hermosas combinaciones que nos

reserva el porvenir con Ejércitos que se cuentan por millones de combatientes, no vaya Ud. á sentir despego hacia esas pequeñas jornadas en que los infantes se cuentan por unidades de millar cuando más, los caballos no pasan de centenas, y las piezas quedan en la modesta categoría de decenas cuando no se cuentan por dígitos. No, amigo mío, siga Ud. adelante; saque usted del olvido tantas hazañas memorables; vuelva Ud. á la luz tanto héroe desconocido, y ya que sepamos hasta los nombres y genealogía de los caballos que montó Napoleón I en su ruidosa y brillante carrera militar, sepamos también cuáles y cuántos fueron los denodados españoles que defendieron la integridad de la Patria en aquellas cruentas luchas, y qué hicieron, y cómo sucumbieron á los repetidos golpes de la desgracia: y bien que muchas veces haya Ud. de poner de relieve errores y defectos, y otras fracasos inmerecidos, no desmaye, que también los errores enseñan, y en la desgracia se aprende más fácil y seguramente que en la escuela del éxito; que muchas veces el incienso de la victoria nubla la vista, y al vencido la verdad se le presenta con toda su horrible desnudez.....

.....

Sin sentirlo me he desviado de mi camino,

amigo mío, el cual camino no era otro que el que conduce á pedir á Ud. mil perdones por la defraudación de sus esperanzas; á declinar el honor que quiso Ud. hacerme, ó mejor dicho, á suplicarle que me releve del compromiso que con Ud. contraje ofreciéndole hacer el prólogo á sus *Páginas olvidadas*. Y aunque sé que lo que Ud. me pidió fué un prólogo y no un consejo, si admite Ud. éste en compensación de aquél, le diré que debe Ud. encargarse el trabajo á pluma menos indocta, ó prescindir de toda compañía; porque, créame Ud., para ir mal acompañado vale más ir solo, y aunque profeso á Ud. sincero cariño, conmigo iría usted muy mal acompañado.

Casto Barbasán

Toledo 28 de Junio de 1892.



CONSIDERACIONES

SOBRE LA GUERRA SEPARATISTA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Muy sensible nos es á los aficionados al estudio de la Historia militar, no ver en los tratados la exposición de hechos y discusión de las campañas sostenidas por nuestro siempre valiente y sufrido Ejército en la América del Sur, con motivo del levantamiento general de ella en favor de su emancipación de la madre Patria; cuyo resultado final fué la realización de esta idea, perdiéndose totalmente la dominación nuestra en aquellas apartadas y hermosas colonias, hoy simpáticas naciones amigas de la vieja España.

Todos los autores de Historia militar, al terminar el estudio de nuestra grandiosa guerra de la Independencia, pasan como sobre ascuas por la ardiente época de los pronunciamientos y conspiraciones con que fué agitado el turbulento reinado de Fernando VII y entran á considerar la fratricida guerra encendida entre cristinos y carlistas, comenzada al fallecimiento de aquel desdichado Monarca, sin fijarse que antes que éstas ocurrió la que dejamos expresada, que, aunque funesta para nosotros, no por eso deja de ser digna de estudio y de saludable enseñanza, precisamente para corregir torpezas y adquirir experiencia.

Si tal se hubiera hecho, si hubiera habido un perfecto conocimiento de la índole de las guerras americanas y de su especial carácter político, seguramente que en Cuba se hubieran seguido eficaces procedimientos, que por medio de sus saludables efectos para la terminación pronta de dicha campaña, ésta no hubiera llegado á durar ocho años como duró.

Ciertamente que no habrá sido por falta de datos: mucho hay escrito sobre el particular por españoles y americanos; pero, ó no se ha querido ó no se ha sabido buscar. Me inclino más á creer lo primero. Al hojear aquellas sangrientas páginas, las más de las veces aparecen vencidas y derrotadas nuestras armas, entristeciéndonos á los que nos enorgullecemos con recordar otras en las que cada párrafo deja patente una victoria y cada palabra un heroísmo.

Lamentable es decirlo, pero la verdad obliga á ello: en el transcurso de todas aquellas operaciones no se vió jamás un plan fijo ni determinado: cada Virrey, cada Capitán General, cada jefe de columna, obraba al acaso, sin unión, sin combinación, sin conocimiento de la Geografía del país, impulsados sólo por las impresiones del momento, y ¿qué había de resultar ante el entusiasmo patriótico y mutuo apoyo desplegados por los caudillos enemigos? Desastre tras desastre.

Entonces prevalecía la lucha personal, la columna profunda y la línea cerrada, reducida al menor espacio posible, eran las formaciones normales del orden de combate, y entre los jefes no había más idea de Estrategia ni de Táctica, sino la de que el

más fuerte y más vigoroso en el momento del choque era el que tenía más probabilidades de triunfo y la de que *el fusil no era más que el mango de la bayoneta*, y el caballo un arma arrojadiza, no concediéndole al combatiente iniciativa ni ilustración alguna, sino *valor y prontitud en la obediencia*, como único y *verdadero espíritu de la profesión*.

Dichas prescripciones, tan exactamente se cumplieron en todos los hechos de armas llevados á cabo por nuestras tropas en América, que siempre resultaron heroicos para éstas, aun cuando en casi todas las ocasiones hubiesen sido infaustos.

Las tropas americanas todas se movían por un mismo resorte; todas obedecían á una misma inspiración en sus operaciones; á la del genio guerrero y político de Bolívar, y los españoles, por el contrario, sometidos á distintos criterios: Boves, Morales, Latorre y Morillo, en Venezuela y Nueva Granada; Aimerich, en el Ecuador; Laserna, Canterac y Rodil, en el Perú; cada uno tenía el suyo exclusivo, operaba cada cual, en los momentos más críticos, de distinta manera, todos se creían suficientes á sí mismos para dominar por completo la insurrección, y ésta, lejos de disminuir, engrosaba de día en día sus nutridas filas.

Estas eran las causas militares; las políticas eran más transcendentales y más profundas aún. Los españoles, divididos en dos grandes bandos, realistas y constitucionales, con su desatentado fanatismo, antes gastaban todas sus energías en la consecución de las formas del gobierno interior, que en la salvación de la integridad de la Patria y en los negocios

exteriores; dando por resultado el que la opinión pública se preocupara bien poco de los asuntos ultramarinos. Las conspiraciones fraguadas á la sombra de las sociedades secretas, ningún escrúpulo tenían en fraternizar con los laborantes americanos. Las deportaciones sin cuento llevadas á cabo por el Gobierno absoluto, precisamente á las regiones donde los que eran francmasones por compromisos de secta, tenían que simpatizar con los insurgentes, motivaron las decepciones que se vieron de españoles, sirviendo en las filas de los enemigos encarnizados de su Patria.

Las disolventes doctrinas de la monstruosa revolución francesa, no sólo cubrieron de luto y desolación á la Francia, sino que inundaron á toda Europa y traspasaron hasta el Nuevo Mundo, donde ya los ánimos estaban preparados con la independencia de los Estados Unidos, auxiliada por un error de Carlos III, que en su odio á Inglaterra y consecuente al famoso *Pacto de familia*, no vaciló en cooperar á la desmembración del poder británico en América, desoyendo los prudentes consejos del conde de Aranda, que le decía en su Memoria: «Llegará un día, señor, en que esta República federal que ha nacido pigmea, crezca y se torne gigante y aun coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias y sólo pensará en su engrandecimiento. El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse de las Floridas, á fin de dominar el golfo de Méjico. Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizarse dentro de breves años, si no pre-

senciamos antes otras conmociones más funestas en nuestras Américas.» Todos estos patrióticos vaticinios fueron cumplidos exactamente. De un extremo á otro del continente resonó el aforismo de Monroe: *América para los americanos.*

Caracas fué uno de los primeros puntos donde empezó el movimiento insurreccional, inflamándose los ánimos con las noticias de la prisión de toda la familia real de España y del levantamiento en masa de la Nación; siguiendo así la revolución su marcha progresiva, alentada aún más con los sucesos de 1812 en la Península. Los Estados Unidos con negra ingratitude y la Inglaterra con torpe venganza, auxiliaron de una manera ostensible con hombres, pertrechos de guerra, barcos, dinero, armas y toda suerte de elementos á los separatistas.

Y como si esto no fuera bastante, en la misma Península se dió el último golpe fatal á la integridad de la Patria. Tres expediciones se alistaron para sostenerla: la primera el año 1815, la segunda el 1817; estas dos cumplieron su deber; marcharon, lucharon y supieron dejar bien puesto el honor de las armas españolas; mas la tercera, la de 1820, la más numerosa, la que se esperaba con ansia por aquellos valientes que denodadamente se sostenían en las últimas posiciones, aquélla no atravesó el Atlántico; juzgó más conveniente para la felicidad de su abatida Patria el proclamar la Constitución del año 12 que el devolverle los preciosos pedazos que ya había perdido. Cundió el desaliento en las reliquias de nuestros Ejércitos tanto como los bríos de los americanos, así fué que al último empuje fueron nuestras

quebrantadas tropas rechazadas de una manera decisiva.

Meditando sobre estos acontecimientos se comprende y hasta se disculpa la omisión de los historiadores militares; pues que aquellas contingencias todavía palpitan entre nosotros: aún viven algunos testigos y factores de aquellas revoluciones y no es prudente dejar que la pluma se deslice por estos resbaladizos asuntos, procediendo el dejar su juicio á la posteridad.

Con todo, el estudio militar de los hechos podemos discutirlo, sin lastimar houradas opiniones políticas de nuestros contemporáneos, y así elevo mi humilde súplica á esas eminencias que brillan en nuestro Ejército, invitándoles á que emprendan estos trabajos, llenando el hueco que se nota en la historia de nuestras guerras del presente siglo.

Son conocidas de la generalidad las proezas españolas que han sido el asombro del mundo por su grandeza; mas ocultas están en lamentable olvido otras no menos dignas de nuestra consideración y respeto. ¡Cuántos guerreros ilustres de esta querida España yacen ignorados! ¡Cuántas hazañas sin comentarios! Verdad es que son tan innumerables las glorias españolas, que no caben en grandes volúmenes al quererlas narrar compendiosamente, y se hace preciso un asiduo trabajo, un constante y detenido estudio y un largo espacio de tiempo de que disponer, y por tanto son muy contados los que puedan dedicarse con asiduidad á tan estéril como prolíja tarea.

A estos pocos, pues, se dirige mi ruego en obse-

quió á la veneración que se merecen los mártires de su deber en el Nuevo Continente, y para animarles á ello prometo recordarles, aunque sea con el despergeñado estilo que me es habitual y de una manera escueta, algunos de aquellos hechos de armas dignos de especial mención que les den pretexto para emprender el trabajo.



BATALLA DEL PUENTE DE CALDERÓN

EL rico imperio de Méjico, conquistado por el ilustre extremeño Hernán Cortés, de la manera más sorprendente que registra la Historia militar, destruyendo su base de operaciones sin conocimiento del terreno que pisaba y con objetivos aventurados, fué la joya más preciosa de la Corona de Castilla durante 300 años, contados desde el 13 de Agosto de 1521 en que los españoles se apoderaron de la capital, hasta la completa independencia del país, ocurrida el 27 de Septiembre de 1821, por la decepción del General Iturbide, que designado por el Virrey Apodaca para dar el último golpe á la rebelión separatista, hizo causa común con ésta y se proclamó Emperador.

Gobernó España esta región primero por audiencias, y más tarde por Virreyes delegados del Monarca, que llegaron á formar una sucesión de 63; distinguiéndose entre ellos por el tacto, prudencia y acierto en la administración, D. Antonio de Mendoza, don Luis de Velasco (padre é hijo), D. Martín Enríquez de Almanza, Fray Payo de Rivera, el Conde de Gálvez, D. Juan de Acuña, el Marqués de las Amarillas, D. Carlos Croix y el Conde de Revillagigedo.

En el día 16 de Septiembre de 1810, el Cura párroco de Dolores (Guanajuato), puesto á la cabeza de un pequeño grupo de sus feligreses, dió el grito de independencia, que cual voraz incendio fué propagándose de pueblo en pueblo y engrosando las filas de los rebeldes hasta el extremo de levantarse un verdadero Ejército que, aunque mal organizado y peor armado, intentó el ataque de la capital del Virreinato.

Reñidas y sangrientas batallas y combates tuvieron lugar, cayendo en poder de las tropas españolas los caudillos Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, que fueron pasados por las armas. Sucediéndoles á éstos, Morelos, Galeana, Rayón, Matamoros y otros muchos, enardeciéndose cada día más la guerra, que llegó á tomar un carácter de salvaje ferocidad por una y otra parte.

No es mi ánimo relatar minuciosamente toda esta campaña, ni el tiempo, ni los escasos antecedentes que hallo á mano me permiten extenderme en largas digresiones; me fijaré tan sólo en un hecho de armas que honra sobremanera á nuestros preclaros militares de aquella época, y tal va á ser el del combate sostenido en el *punte de Calderón*, tomando datos de las narraciones de Torrente y de Calonge.

Acaeció éste en los comienzos del año 1811, siendo á la sazón Virrey D. Francisco Javier Venegas. Cundía por todas partes la rebelión, en términos de alarmar seriamente al Virrey, que, conociendo su crítica situación, se dispuso á pelear con enemigos decididos á toda suerte de martirios y sacrificios en aras de su independencia, y al efecto planteó sus proyectos y

organizó un Ejército de 2.000 infantes, 4.000 caballos y 10 piezas de artillería, bajo el mando del General Calleja.

El Ejército mejicano ascendía, según Torrente, á 93.000 hombres, contando, entre ellos, 20.000 caballos y 91 piezas de artillería de diversos calibres.

El apasionamiento con que dicho autor escribió su obra *Historia de la revolución hispano-americana* al calor de aquella desastrosa guerra, y cuando más enardecidos estaban los ánimos, hace que me parezcan exageradas estas cifras. Por mucha pericia que quiera reconocer dicho cronista en nuestras tropas, por poca disciplina y conocimientos profesionales que acuse en los mejicanos, por igual valor y abnegación que conceda á ambos Ejércitos, y aunque fuese por la mejor disposición y empleo de las tropas, no alcanzo á concebir cómo un Ejército de 93.000 hombres, con 91 piezas de artillería y 20.000 caballos pudiera ser batido por otro de 6.000 hombres con sólo 10 piezas de artillería. Cierto que la Caballería española era superior en organización y disciplina á la insurgente, pero en cambio la Infantería estaba tan bien organizada, tan bien mandada y tan bien aguerrida en uno como en otro Ejército.

Sea de esto lo que fuese, me inclino á creer que la ventaja principal para nuestras tropas estaría en las relevantes dotes de mando y conocimientos técnicos del General en jefe.

Una loma escarpada de bastante altitud se extendía de S. á SO. como unos 4 kilómetros, y á su pie terminaba por una suave pendiente bastante espaciosa, por donde se deslizaban las aguas de un pro-

fundo arroyo, que no ofrecía más paso que el del puente citado.

Las fuerzas mejicanas estaban situadas de manera que una gran batería emplazada en las cumbres, apoyada á su espalda por una barranca y flanqueada por otras dos baterías menores, enfilaban toda la llanura, por donde había de desembocar Calleja y á donde le esperaban la Infantería y Caballería de Hidalgo y Allende formadas en columna.

Hecho el reconocimiento personalmente por el General español, combinó el plan y dispuso sus fuerzas en tres columnas, confiando el mando del ala izquierda al Conde de la Cadena; el de la derecha á D. Miguel de Emparán, reservándose él el del centro.

Antes de emprender el movimiento de avance, reunió sus tropas dirigiéndoles la siguiente sencilla y enérgica arenga: *«Soldados: Esas inmensas masas de Caballería en las que se pierde la vista, como en un vasto océano, han de asegurar nuestro triunfo: yo sabré introducir el desorden en sus primeras filas: y su fuga ha de precipitar la ruina de tan orgulloso Ejército. Soldados: ¡Viva España! ¡Viva el Rey!»*

Acto seguido se emprendió el ataque: las tres divisiones avanzaron denodadamente bajo una horrosa lluvia de plomo y metralla; el Conde de la Cadena, contra lo que terminantemente le había prevenido el General en Jefe, trató de desbordar el ala derecha enemiga, engreído sin duda por algunas ventajas que alcanzó en su movimiento de aproximación, adelantándose más allá de los límites que tenía señalados. Al apercibirse el enemigo, cargó vigorosamente, tratando de envolver y arrollar á esta columna, que tan

imprudentemente se había aventurado; mas advertido el peligro por Calleja, destacó del centro algunas compañías á las ordenes del primer ayudante D. Bernardo Villamil, que cumplieron admirablemente su misión, contraatacando con bizarría con una brillante carga á la bayoneta que hizo retroceder al enemigo.

Al mismo tiempo Emparán en la derecha conseguía rechazar de sus primeras posiciones á la Infantería de Hidalgo; y al observar Calleja el equilibrio en las dos alas, atacó con el grueso por el centro, haciéndose general el combate en toda la línea, durante el cual se cubrió de gloria el Batallón de granaderos que mandaba el Teniente Coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamente, resistiendo y rechazando, formado en cuadro, una impetuosa carga de Caballería; distinguiéndose también por su heroísmo los Batallones de voluntarios mandados por los Tenientes Coroneles Jalón y Oviedo al tomar una batería de siete cañones.

Repliégase el grueso enemigo sobre su izquierda, carga sobre la columna Emparán, con gran superioridad numérica, y allí acudió velozmente con refuerzos Calleja, disipando por completo las fuerzas contrarias.

En todas partes se luchaba con igual denuedo, prodigios de valor se desplegaban por ambos combatientes, la acción se hacía indecisa, nadie cejaba, hasta que Calleja decidió acabar con aquella incertidumbre, recurriendo á los recursos de su claro talento militar y decidió dar el golpe final.


Las baterías de las alturas enfilaban al puente por

donde únicamente podía pasar y era preciso apagar sus mortíferos y certeros fuegos, y así dispuso que simultáneamente atacaran 2.000 caballos el flanco izquierdo, la Infantería el derecho, y él, con los otros 2.000 caballos, el centro, siendo tal el empuje de este avance que el enemigo no pudo resistirlo; la primera línea rechazada sobre la segunda puso á ésta en desorden, arrollando á su vez á la Artillería, llegándose á formar unas masas tan compactas y tan informes, que fueron acuchilladas por nuestra Caballería y dispersadas.

Formaron aún grupos los mejicanos é igualmente fueron disueltos, ocurriendo entonces la pérdida del intrépido Conde de la Cadena, que cargó con 20 dragones sobre uno de ellos.

Inmenso fué el número de muertos y heridos que hubo en esta sangrienta batalla, en ambos Ejércitos, cayendo en poder de los españoles todos los cañones enemigos, un sinnúmero de fusiles y armas blancas, municiones, equipajes y toda suerte de despojos. Los principales jefes, Hidalgo y Allende, en la agilidad de sus caballos encontraron la salvación de sus vidas.

En suma; que las tropas españolas se coronaron de gloria, perpetuándola el Rey con la creación de un título de Castilla en favor del dignísimo General Calleja con el nombre de Calderón.



Sitio y toma de «El Sombrero».

AL relatar este hecho de armas ocurrido en la Nueva España, la pluma se cae de la mano al tener que hablar de un traidor, deshonor de la noble provincia de Navarra; de Francisco Javier Mina, sobrino del bizarro guerrillero, del infatigable caudillo, honor de su Patria, héroe de la independencia española, D. Francisco Espoz y Mina (1).

Derrotado por los franceses y hecho prisionero el tal Javier Mina, al ser puesto en libertad por conclusión de la guerra, marchó á Londres, donde reclutó algunos aventureros ingleses y partió con ellos para Nueva Orleans. Allí logró reunir un cuerpo de 450 hombres, hez de varias naciones, con los cuales embarcó para el Virreinato de Méjico en Abril de 1817, desembarcando en Soto la Marina en ocasión en que los ardores de la guerra habíau disminuído notablemente, gracias á los triunfos conseguidos por las armas españolas sobre las separatistas.

Al llegar el día 24 á dicho punto tenía prepara-

(1) Poco cuidado hay en los historiadores de nuestra guerra de la Independencia en esto, pues siempre que tienen que mencionar á los ilustres caudillos de ella, escriben y dicen *Mina* en vez de *Espoz y Mina*, confundiendo así el nombre de un desgraciado traidor con el de un denodado patricio.

dos 1.000 caballos D. José Quintero, Coronel retirado, para ofrecérselos al Virrey como patriótico donativo, y de ellos se apoderó Mina, incorporándosele al mismo tiempo 1.500 criollos llenos del mayor entusiasmo por las promesas que les hiciera, y con todas estas fuerzas reunidas se internó en el territorio, encontrando en Peotillos á 2.000 españoles, á los cuales derrotó, apoderándose de San Luis de Potosí, donde se le incorporaron las partidas sueltas de los cabecillas Torres, Muñiz y Borja, que pululaban por las escabrosidades de los montes de Guanajuato y Jalpa.

Ante estos inesperados acontecimientos, que conmovían de nuevo al país y recrudecían la ya casi terminada campaña, el Virrey Apodaca concentró todas las tropas de que en aquellos momentos podía disponer, y confió el mando de la división formada al Mariscal de Campo D. Pascual Liñán, que acababa de llegar de la Península con el brillante Regimiento de Infantería de Zaragoza.

Sabedor Mina de las disposiciones activas que contra él se tomaban, se posicionó en los formidables cerros de Comanja y San Gregorio y allí se fortificó más de lo que por naturaleza estaba, abriendo profundos fosos y construyendo trincheras, murallas y baluartes que coronó de buena artillería, constituyendo así una fortaleza inexpugnable, que venía á tener unas cuatro leguas de desarrollo, dejando encerrada la comarca conocida con el nombre de *El Sombrero*.

Puesto en marcha el General Liñán, llegó á Querétaro el día 8 de Julio de 1817, en ocasión que sus habitantes preparaban sus equipajes para huir de los

ultrajes de Mina, que había llegado á ser el terror del partido realista; mas por las arengas y bandos de dicho General se tranquilizaron, renaciendo en ellos la esperanza de la victoria.

Después de recibir allí más refuerzos y pertrechos enviados por el Virrey, emprendió el General su marcha hacia Guanajuato, donde llegó el día 24 de dicho mes, planteando su plan de operaciones, que consistía en un sitio formal. Colocó sus fuerzas en cuatro sectores, al mando del Brigadier D. Domingo Loaces, del de igual clase D. Pedro Negrete, del Coronel don José Ruiz y del Teniente Coronel D. Juan Rafols, componiendo en total 2.000 infantes, 1.500 caballos, 12 cañones y 4 obuses. La columna Rafols tenía por principal misión vigilar á León, Silao y Guanajuato, para proteger los convoyes que venían de la capital y tener á raya al rebelde Torres, en tanto que las otras columnas verificaban el asedio con entero desahogo.

Estrechado éste cada día más, no cesaba el General Liñán de hacer oportunísimos reconocimientos que le servían para privar á la facción de toda suerte de recursos, incluso del agua, pues logró apoderarse del arroyo de donde se surtía. El 2 de Agosto, desesperados los insurgentes de recibir los necesarios y prometidos socorros de Torres y demás cabecillas del Bajío, hicieron una salida hacia la posición de Negrete, y en la embestida llegaron á apoderarse de un cañón de éste, mas no tardaron en ser rechazados recobrando la perdida pieza.

El día 3 trataron de abandonar el fuerte queriéndose abrir paso por el mismo punto, pero volvieron

á ser rechazados por la columna del dicho Brigadier. Al día siguiente, aprovechando una madrugada brumosa y de recio viento, consiguieron escaparse por una barranca los cabecillas Mina, Borja y Ortiz, sin más escolta que sus asistentes.

Conseguida esta evasión, reunióse Mina á las partidas que recorrían las inmediaciones del fuerte, tratando de introducir en él los víveres de que carecían los sitiados, mas tropezando con una compañía de Zaragoza, ésta los arrolló por completo, y al divisarlo el Teniente Coronel Rafols, hizo un movimiento rápido sobre Silao y disipó las fuerzas que hacia aquel punto se habían reunido.

Ya no quedaba á los insurgentes más que dos soluciones: ó fugarse como pudieran, ó rendirse á discreción. Sin embargo, el día 13 enviaron un emisario inglés con proposiciones de capitulación, basadas en la entrega de las armas y respeto de las vidas de todos, á lo cual no accedió el General Liñán, pues no garantía más vidas que las de los súbditos españoles, si entregaban la plaza en el término de media hora, mas de ninguna manera la de los extranjeros, que quedarían á disposición del Virrey.

Al obrar así el General, era en consideración de que con esto, no sólo ahogaría de una vez al separatismo, sino que libraría al país de aquellos extranjeros, que habían de dar á la guerra un carácter de tenacidad y devastación que hasta entonces no había tenido en el reino de Nueva España.

Al carácter benéfico del General Liñán repugnaba derramar la preciosa sangre de sus valientes, pues con un ataque decisivo por todas partes á la vez hu-

quiera podido hacer suya la formidable posición; así fué que creyó más prudente esperar y que los de Mina encontraran su escarmiento en su misma obstinación. Tal debieron comprender, pues en la noche del 19 al 20 de Agosto embistieron con ímpetu á la primera avanzada; mas una vez advertido, acudieron fuerzas de todas partes y fueron rechazados, no sin lograr la evasión unos 50 que fueron perseguidos y cogidos prisioneros en su mayoría.

Amaneció el día con una espesa niebla, no pudiendo, por tanto, distinguirse lo que dentro del fuerte pasaba, y aprovechando esta circunstancia, se puso el General á la cabeza del Regimiento de Zaragoza y con él cayó de improviso sobre la puerta principal, cediendo todo al terrible empuje de aquella inflexible falange, la cual se abrió paso á bayonetazos, haciendo huir desesperadamente á los enemigos, que se refugiaron en un reducto que dominaba desde un cerro y que se hallaba rodeado de dificultades, no teniendo más acceso que el de una estrecha barranca. No cejó Zaragoza ante esto é introduciéndose cual una fiera por aquella angostura, diezmado por la lluvia de plomo, cubierto de sangre y de gloria, con igual denuedo se hizo dueño de la última y decisiva posición.

Los trofeos que ilustraron este hecho de armas fueron: 20 cañones, 400 fusiles, 250 lanzas, 600 sillas de montar, innumerables municiones y material de guerra; 71 extranjeros muertos, además de 31 que perecieron en el ataque á la villa de León y en la intentona de la noche del 19 al 20, y 615 insurgentes, entre ellos Mina, que fué fusilado. Y las pérdi-

didias que por nuestra parte tuvimos fueron: 40 Oficiales heridos, 271 soldados muertos; muerto el Comandante D. Gabriel Rivas, herido el Coronel don Domingo Loaces, ambos de Zaragoza, y el Teniente Coronel D. Manuel Saetor, muerto de bala de cañón.

Tal fué la gloriosa jornada de El Sombrero, digna de sacarla del olvido en que se encuentra, para honra, no sólo de España, sino de la memoria de todos aquellos esforzados guerreros que supieron reponer en su elevado puesto el glorioso pendón que un día plantara allí enhiesto el inmortal Hernán Cortés.

Seguramente que ya no existirán ninguno de aquellos héroes; sólo el invencible Regimiento de Zaragoza, núm. 12 de línea, sobrevive para sostener en sus banderas los inmarcesibles laureles de la victoria y para recibir los loores de la presente generación.



La expedición de Morillo y la toma de la isla Margarita.

LAS desagradables noticias que de todos los Virreinos de América se recibían, llegaron á preocupar seriamente al Gobierno en el año 1814, y así se dispuso la movilización de un Cuerpo de Ejército que acudiese á aquellas apartadas regiones á sostener enhiesta la bandera plantada por Colón, Cortés y Pizarro.

Diéronse las órdenes para la concentración en Cádiz y poblaciones inmediatas, en la inteligencia de que sería dirigida la expedición á Buenos Aires; Virreinato en el que la guerra aparecía menos cruel y donde reinaban aún grandes simpatías por la Madre Patria.

A las ocho de la mañana del día 17 de Febrero de 1815 se presenciaba en la extensa bahía de Cádiz un acto conmovedor á la par que imponente. Dieciocho barcos de guerra y cuarenta y dos transportes zarpaban de ella, obedeciendo á la señal del navío *San Pedro*, donde iba la insignia, poniéndose en marcha impulsados por una deliciosa brisa. Desde las murallas y azoteas se agitaban sinnúmero de pañuelos, dando el último adiós á aquellos compatriotas y

seres queridos que, con raras excepciones, no volvieron á ver más.

Esta flota, la mayor que atravesó el Atlántico desde los tiempos de Colón, la formaban las siguientes naves: navío *San Pedro*, fragatas *Efigenia* y *Diana*, corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barca *Gaditana* y doce cañoneras; buques transportes: *La Primera*, *San Ildefonso*, *El Guatemala*, *Daoiz y Velarde*, *Ensayo*, *Eugenia*, *Júpiter*, *Cortes de España*, *Numantina*, *La Vicenta*, *Salvadora*, *La Palma*, *Socorro*, *San Francisco de Paula*, *Providencia*, *Héroe de Navarra*, *San Pedro y San Pablo*, *La Joaquina*, *Nueva Empresa*, *La Empecinada*, *San Ignacio de Loyola*, *Los Buenos Hermanos*, *La Preciosa*, *San Fernando*, *La Apodaca*, *La Elena*, *La Venturosa*, *La Coro*, *La Pastora*, *La Gertrudis*, *La Arapiles*, *El Aguila*, *La Parentela*, *La Unión*, *La Piedad*, *La Carlota*, *San José*, *Segunda Carlota*, *La Belona*, *San Enrique*, *San Andrés* y *La Alianza*. Abordo de las cuales iban 291 jefes y oficiales y 10.006 soldados, distribuidos en los Regimientos siguientes: Uno de Artillería, otro de Ingenieros zapadores, dragones de la Unión y húsares de Fernando VII y los de Infantería de León, Barbastro, Vitoria, Castilla y León.

Luego que se perdió de vista la tierra, el General Morillo, obedeciendo á las instrucciones que de S. M. había recibido, mandó se acercasen todos los buques á la Capitana, para dar cuenta del contenido de un pliego reservado que á aquella altura debía abrir con todas las formalidades requeridas en tales casos. Cuando ya se hubo ejecutado, una lancha condujo á dos ayudantes del General en Jefe comunicando la

noticia de que no se iba á Buenos Aires, sino al Virreinato de Nueva Granada y Venezuela.

Esto produjo honda impresión, pues sabido era el carácter feroz é inhumano de la guerra en esta parte del continente; mas pronto quedó levantado el espíritu, cuando dispuso el General que todos los barcos fueran desfilando por delante de la Capitana, desde cuya popa les gritaba: ¡Viva España! ¡Viva el Rey! contestando los soldados con loco frenesí: ¡¡Vivaaa!!, agitando sus gorras y morriones y lanzándolos al aire; gritos mágicos que desde aquellas soledades llevaban las ondas á las risueñas playas de la amada Patria.

Continuó la escuadra su marcha con algunas peripecias; entre las cuales, fué azotada por una fuerte tempestad que la diseminó, tardando muchos días en volverse á reunir, no sin haber sufrido averías de consideración.

El día 5 de Abril descubrió tierra y el 6 fondeaba frente á Carúpano, donde se encontraba el Brigadier Morales, jefe de una de las principales columnas españolas, el cual pasó á bordo á conferenciar con el General en Jefe, de cuya entrevista resultó se procediera inmediatamente á la conquista de la isla Margarita, que se hallaba toda ella en poder de los insurgentes, al mando de Arizmendi, caudillo de gran prestigio entre los suyos.

Así se hizo, embarcando el Brigadier Morales un Batallón de negros leales que se había cubierto de gloria en varios combates.

Al amanecer del día 7 aparecieron entre nuestros barcos dos fragatas extrañas, por lo que mandó el

general reconocerlas, resultando ser de la marina real inglesa, que durante la noche se habían introducido en el convoy para espiar sus planes, por lo que Morillo mandó á cada uno de los Comandantes la siguiente intimación por escrito: *Si inmediatamente no abandonáis nuestra compañía, navegando con rumbo contrario al que seguimos, seréis echados á pique.* A las dos horas ya habían desaparecido por el horizonte.

Serían las seis de la mañana de dicho día 7 cuando llegó el convoy á Pompatar, puerto principal de la isla, defendido por un fuerte donde ondeaba la bandera española. El General Morillo, sin permitir que ningún barco se acercara á tiro de cañón, dispuso que la fragata *Diana* hiciese un reconocimiento sobre el fuerte y el pueblo, recibiendo ésta algunos disparos al pasar por delante del primero, á los que contestó con una andanada.

Luego que la fragata llevó las noticias que pudo adquirir de las disposiciones de las fuerzas contrarias, ordenó el General que la *Efigenia* se acercase á tiro de fusil de la playa y que rompiese un nutrido fuego de metralla, mientras á su costado se iban encadenando unas cañoneras á otras, formando así un puente flotante.

Conseguido esto, se trasladaron á la *Efigenia* las compañías de cazadores de todos los Regimientos y el Batallón de negros, cuyas tropas, recibiendo y contestando un horroroso fuego, lograron ganar tierra bajo una nutrida lluvia de plomo, metralla y piedras que desde todas partes les lanzaban. Formaron tres columnas: una el Batallón citado, otra las compañías

de cazadores y otra el segundo Batallón de Barbastro, que fué enviado últimamente como reserva.

Estas fuerzas dieron tan impetuosa carga á la bayoneta, que quedaron dispersos cuantos insurgentes las esperaban en las avenidas del pueblo, el cual, á los pocos instantes, quedó completamente desalojado, emprendiendo en seguida el asalto del fuerte, cuyos fuegos ya habían sido apagados por la escuadra.

El día 11 se presentó al General el caudillo Arizmendi, pidiendo indulto para él y sus subordinados, cuya escena la refiere el Coronel Sevilla, entonces Teniente ayudante de S. E., en sus *Memorias de un militar*, de la siguiente manera:

—«Señor, dijo Arizmendi entre sollozos, soy un hijo pródigo, que vuelve temblando á tocar la puerta del hogar paterno. Yo he sido un malvado, lo confieso; pero prometo á V. E. que si me concede la vida que le imploro, la dedicaré entera en adelante al servicio de España, mi amada Madre Patria, con la cual he sido hasta ahora tan ingrato como adicto y fiel le he de ser en lo que me reste de existencia. Perdón, mi General, perdón.»

—«Levántese Ud., contestó Morillo, que España tiene el corazón más generoso que sus enemigos. Yo le perdono en nombre de S. M.»

«En los ojos del Brigadier Morales, que estaba presente, brilló un relámpago de ira mal comprimida por los deberes que impone la disciplina.»

—«Mi General, dijo apuntando con el índice al famoso cabecilla, que permanecía arrodillado; mi General, no haga Ud. semejante cosa. Ese hombre que tiene Ud. á sus plantas, no está arrepentido; le está

engañando á Ud. miserablemente. Ese hombre que ve Ud. arrastrándose cobarde como un reptil, no es hombre, es un tigre feroz salido de las selvas ó del infierno. Esas lágrimas que vierte, son de cocodrilo; sus protestas son ardidés y sus promesas mentiras. Con esa misma lengua con que ahora pide perdón ha mandado el miserable quemar vivos á quinientos pacíficos comerciantes españoles, vecinos que eran de Caracas y la Guaira; los que consiguieron escapar de la hoguera fueron asesinados á lanzazos, yendo este *general*..... de salteadores, á la cabeza de los verdugos, cuyos brazos no hacían más que ejecutar su bárbaro mandato. Aquellas víctimas, padres de familias los más, no tenían otro delito que haber nacido en la Península; no habían tomado parte alguna en la guerra y fueron sacados á la fuerza de sus tiendas, arrebatados detrás de los mostradores, robados por este infame y luego muertos de la manera salvaje que he dicho: en nombre de sus manes, mi General, yo pido que se haga justicia, que se castigue ejemplarmente como marcan las leyes, no al insurgente, sino al reo de delitos comunes que han estremecido de horror á los mismos insurrectos decentes.»

—«No importa, contestó el General; con todo eso le perdono; así quedará más obligado y comprenderá cuán sincero y grande tiene que ser su arrepentimiento para que iguale á mi generosidad. Arizmendi, levántese Ud.; consuéllese y sea leal en adelante con esa Nación hidalga á quien le debe una segunda vida.»

«El cabecilla se levantó, saludó al General y salió echando una mirada de odio al Brigadier.»

—«Mi General, dijo Morales á Morillo, desde ahora le predigo que fracasará Ud. en su expedición...»

—«Señor Brigadier, no le he pedido á Ud. consejos, contestó iritado Morillo.»

—«Es verdad, mi General, y en lo sucesivo me abstendré de dárselos. Mas me queda la satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia; y tal vez la historia al consiguar en sus páginas el fracaso de la grande expedición de Morillo, consagre una línea á explicar que hubo un español íntegro, conocedor del país y de sus habitantes, que desde el principio señaló lealmente á su General los peligros á que una mal entendida lenidad le exponía: se dirá que V. E. fué vilmente engañado, pero no que lo fueron los veteranos del Ejército de Venezuela. El tiempo, mi General, el tiempo y la Historia dirán cuál de los dos se equivoca.»

En efecto, el tiempo dió la razón al valiente Brigadier Morales: al año siguiente volvió la isla á levantarse como un solo hombre en aras de la independencia venezolana, con nuevo tesón y energía, por lo que la República Colombiana le dió luego el nombre de *Nueva Esparta* con que hoy se la conoce. La guarnición que dejara Morillo, toda fué sorprendida y degollada sin piedad por los habitantes.

De la expedición del año 1817 se destacaron desde Cumaná parte de sus fuerzas, que embarcaron en las corbetas *Bailén*, *Descubierta*, *Diamante*, el bergantín *Cerriñola* y las goletas *Morillo* y *Conejo*.

Llegaron á la vista de la isla el día 9 de Julio, costeándola y observándola, hasta que se le reunieron las tropas enviadas desde Carúpano en las fragatas

Ferrolana y Cantabria. En el día 15 se dieron las órdenes para el desembarco, verificándose éste por la punta del Mangle, bajo el fuego enemigo, que cesó á las dos horas, avanzando las columnas, y al llegar próximas á la ciudad de la Asunción, su capital, se presentaron los contrarios en batalla, durando el combate siete horas, después de las cuales tuvieron que retirarse nuestras fuerzas con bastantes pérdidas, sin poder lograr la entrada en la ciudad, defendida por gran número de fuertes.

Se volvió á emprender el ataque el día 7 de Agosto por el valle de San Juan, é igualmente fueron rechazadas nuestras tropas.

El día 8 se dió otro al pueblo y fuertes de Juan Griego, por tres compañías del Regimiento de Navarra, las que fueron rechazadas dos veces. Fueron dos más del mismo Cuerpo de refuerzo, se emprendió tercera vez el ataque, é igualmente tuvieron que retirarse con grandes pérdidas; hasta que llegaron otras tres compañías de granaderos, y dando un empuje tenaz consiguieron coronar los parapetos y pasar á cuchillo á los 400 hombres que tan denodadamente defendían la posición. ¡Cruelles represalias de las guerras civiles!

Conseguida esta victoria, ya empezaron á ceder los insurgentes en su indomable fiereza, digna de admiración; por fin cayeron en poder de los españoles el valle de San Juan y el pueblo de Pompatar, que era el puerto de apoyo del enemigo, regresando la expedición á la Guaira el día 15, después de dejar pacificada la isla.

Al hablar de esto, permítaseme citar á uno de los

heridos, al Teniente del Regimiento de Navarra don Manuel Montijano, mi venerable abuelo materno, de cuyos apuntes he sacado esta narración. En el asalto de la fortaleza, Juan Griego recibió un balazo en la rodilla derecha y un ladrillazo en el pecho, de cuyas resultas murió algunos años después siendo segundo Comandante. Reciba desde el otro mundo con mis preces, el recuerdo cariñoso de su nieto.



Sitio de Cartagena de América en 1815.

DESPUÉS de pacificada la Isla Margarita dispuso el General Morillo que quedasen en ella de guarnición dos Compañías del Regimiento de Barbastro y algunos dragones, que, como dijimos en el capítulo anterior, fueron sorprendidos al poco tiempo y bárbaramente asesinados todos.

La escuadra, á cuyo bordo iban el resto de las tropas vencedoras, se dió á la vela el día 18 de Abril de 1815, con rumbo á Cumaná, haciendo antes aguada en la pequeña Isla del Coche y llegando á dar fondo el día 20, quedándose á la entrada del puerto el navío *San Pedro* para la mejor vigilancia contra los corsarios que infestaban aquellas aguas.

No pasarían muchas horas después de haber fondeado, cuando desde todos los barcos notaron gran confusión y alboroto en el navío, que hacía señales de pedir auxilio. Ya se aprestaban á dárselo cuando de repente salió de él una enorme columna de humo, precursora de horrisona explosión, que hizo saltar el navío algunos centenares de metros sobre las aguas, en las que se sumergió al caer; llevando consigo la vida de dos Oficiales y treinta y seis soldados y marineros, que no pudieron escapar de la catástrofe; así como también 600.000 pesos del Ejército y 500.000 de la Marina en plata; un excelente tren de batir, ma-



terial de artillería de campaña, 8.000 fusiles é igual número de monturas, 500 espadas, 1.000 pistolas, 800 vestuarios completos, infinidad de útiles de zapador, 4.000 quintales de pólvora, incalculable cantidad de bombas y granadas y otros artículos de gran valor, que sería prolijo enumerar.

Todo parecía que conspiraba en aquellas costas contra la desgraciada y siempre grande España. Hasta las aguas despedían á sus soldados y sus pertrechos. Mas éstos, si saltaban era para colocarse á la altura de su glorioso pabellón. Por todas partes no se oía más que el *¡no importa! ¡adelante!*, interjecciones con que acostumbraban á saludar los españoles sus adversidades.

En efecto, adelante se fué: el día 8 de Mayo entraba el Ejército pacificador en Caracas bajo las aclamaciones entusiastas de toda la población, y allí supo Morillo que las fuerzas insurgentes se concentraban en Cartagena, haciendo esfuerzos inauditos para sostener en todos los pueblos de Nueva Granada el espíritu de rebelión contra su Madre Patria.

Puesto en marcha el Ejército expedicionario no tardó en hallarse frente á la formidable plaza de Cartagena. Aquella que en 1741 supo, con el heroísmo de su guarnición y de sus habitantes, rechazar denodadamente á todo un Ejército inglés desembarcado de una poderosa escuadra; y hoy, rebelde contra la Madre Patria, dispuesta á sucumbir antes que consentir el que sobre sus baluartes ondease la bandera española. Mandaba en jefe la Plaza el General Castillo, y como segundos, Bermúdez y..... ¡repugnancia da escribirlo! el que era Coronel de Artillería y Co-

mandante de la Plaza D. Manuel Anguiano, nacido en la Península.

Dos planes se le presentaban á Morillo para la conquista de aquella perla desprendida de la Corona de Castilla: ó emprender un asáito brusco, decisivo y pertinaz con todas las fuerzas por el frente de tierra, ó establecer un bloqueo por mar y por tierra, esperando á que la necesidad y la falta de alimentos y recursos obligara á la rendición; es decir, ó intrepidez ó paciencia.

El primer sistema, desde luego se ve que hubiera sido el más eficaz y de más saludable efecto contra aquellas ya mermadas huestes que en su desesperación apelaban á una última resistencia. Con ello se hubiera dado el golpe final á la revolución, á expensas de la vida de algunos centenares de valientes servidores de España; empero el carácter de Morillo, siempre confiado, aspirando á captarse la voluntad de sus enemigos con la conmiseración, las promesas de indultos y la lenidad en los castigos, inclinado siempre á los medios persuasivos antes que á los ejecutivos, dió por resultado que perecieran aún más leales què si hubiera adoptado el otro procedimiento.

El rigor de la estación, la epidemia escorbútica que se desarrolló en el Ejército sitiador y las privaciones sin cuento que tuvo que sufrir, ocasionaron millares de víctimas. Todas las poblaciones inmediatas á la plaza, como Santa Rosa, Turbaco, Ternera y Truanca, habían sido incendiadas por los rebeldes; cuantas haciendas y caseríos existían en sus inmediaciones, habían sido arrasadas; las provisiones debían ser remitidas de puntos muy lejanos, siendo sus

precios considerables. Los víveres llegaron á faltar, y los fondos á escasear; la miseria, el hambre, la peste y las inclemencias del tiempo, todo tuvieron que sufrirlo con abnegación aquellos valientes.

Los sitiados no cęjaban, cuantas intimaciones se les hicieron fueron despreciadas, cuantas veces se les invitó en nombre de la humanidad, otras tantas ensordecieron. A Morillo le sobraban medios para haber destruido la Plaza con una lluvia de bombas y granadas, pero quiso ponerlos en aprieto para su rendición por hambre.

El día 2 de Diciembre estableció el General en Jefe su Cuartel general en Cospique, punto desde el cual podía observar la escuadra y las posiciones todas del Ejército. A las siete de la mañana del 4 hizo el enemigo una salida, sin duda para proveerse de víveres, internándose por los mangles. Advertido por el General, dispuso que una compañía de granaderos y una sección de dragones fueran á batirles. El Capitán de aquélla, tan luego la tuvo formada, dijo:

—Compañía, todo el Cuartel general nos está mirando; hoy es un día de gloria para nosotros si sabemos portarnos con valor, ó día de baldón y ludibrio si no procedemos como dignos y esforzados adalides de la causa española.

—Aquí no hay uno que no esté dispuesto á dejarse hacer pedazos, antes que retroceder delante de su General, dijo el sargento primero; veterano, de grandes bigotes y curtido por las campañas de Morales.

Entonces aquel puñado de hombres se arrojó á la bayoneta sobre los contrarios, los que, lejos de

resistir, huyeron penetrando por una poterna en el rebellín.

—Alto, gritó el Capitán; es un lazo, tratan de hacernos acercar para destrozarnos desde los glasis, donde tal vez estén ocultos batallones enteros. Nadie adelante un paso; ocho hombres, al mando del primero, vayan á reconocer aquel camino cubierto de la derecha.

El de los bigotazos llamó por sus nombres á los ocho que le pareció, se acercó con ellos, saltó el foso y desapareció.

—¡Bárbaros!, gritó el Capitán, yo no he mandado eso, os habéis metido en la boca del lobo.

Pero con gran sorpresa se vió al Sargento primero aparecer sobre el plano de fuegos de la obra avanzada, que terciando su fusil, gritaba:

—No hay novedad, mi Capitán, esto está limpio, no encontramos á nadie.

Efectivamente, avanzó toda la compañía, y sin más obstáculo que el foso, se hizo dueña del rebellín; visto lo cual por el General envió á un ayudante con la orden de sostenerse allí á todo trance.

Crítica era la situación: un rediente abierto por la gola y enfilado por los fuegos de la cortina, no era ninguna posición envidiable para resistir, pero no había medio; la orden era terminante y la Ordenanza decía con lacónica sequedad: *«El Oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto á toda costa, lo hará.»*

Pero la suerte decidió de un modo bien original el ataque decisivo de la plaza. Digo la suerte, porque no se comprende cómo una plaza de primer

orden en aquella época, capaz de resistir con 1.000 hombres un sitio formal de un Ejército de 100.000, y considerada como inexpugnable, cayera en poder del sitiador. Bien es verdad que después de considerado el estado de postración y abatimiento de los sitiados, se comprende que sucumbiera por atonía: el hambre y la peste diezaban la población, los principales caudillos habían huído y con ellos la tenacidad de la resistencia.

El día 5 de Diciembre dió el General Morillo la orden de que se aproximaran inmediatamente á la plaza algunas compañías de cazadores sin preparación alguna; así fué, que algunos soldados acudieron al toque de *Misa* (que era el convenido para una rápida formación), sin casacas, otros con los fusiles sin piedra ó con la llave desarmada, y, en fin, la generalidad descalzos y sin morrión.

A paso de carga (como se decía entonces al ligero) avanzaron hacia distintos puntos de las fortificaciones. El Teniente D. Andrés de Jesús observó que la puerta de la primera línea estaba abierta y mandó á un húsar á avisar á las demás columnas lo que pasaba y que estuvieran prontos á auxiliarle, pues pensaba hacer una *estratagema*, suplicando que no dejaran de apoyarle.

Efectivamente, con su gente se arrojó á la carrera sobre la puerta, en donde nadie se le opuso y siguió en su temeridad arrojándose sobre la de segunda línea, hacia donde corrieron los sitiados, cerrándola y levantando el puente en preparación de defensa desde la muralla, donde apuntaban centenares de fusiles.

El Teniente Jesús, lejos de inmutarse ni retirarse, con la mayor calma y sangre fría les dijo:

—¡Alto, no tiréis! quiero hablaros. ¡Corneta, toca parlamento!

Así se hizo, y luego que vió que se retiraban los fusiles se puso las manos en la boca á manera de bocina y les gritó siempre con la misma calma.

—¡Valerosos ciudadanos, valerosos ciudadanos! no os opongáis á mi entrada; abridme las puertas con toda confianza, que vengo de paz; vengo á tratar asuntos tan convenientes á la ilustre República de Colombia, como al Gobierno del Rey, mi señor.

Es una cosa incomprensible cómo tamaña locura pudiera tener buen resultado. Con una sola descarga que hubieran lanzado, el Teniente Jesús y todo su pequeño destacamento hubieran quedado allí mordiendo el polvo; pero los sitiados ya no podían más, según después se vió. Ello fué que le abrieron la puerta al Teniente Jesús y éste se abalanzó á ella repartiendo cuchilladas á diestro y siniestro, introduciéndose en el recinto.

No tardó en presentarse la caballería que mandó Morillo á enterarse de lo que pasaba allí, y detrás de ésta la infantería, dando por resultado la entrada triunfante de todos en la plaza.

Pocos días hacía que los insurgentes habían arrasado y asesinado por las calles á todos los prisioneros españoles, entre ellos, á catorce Oficiales pertenecientes á la columna del Brigadier Florez, así era de esperar que el castigo fuera ejemplarísimo y terrible. Mas lejos de eso, la conducta de los vencedores no pudo ser más noble ni más digna de pasar á la posteridad,

La ciudad presentaba el aspecto más horroroso que imaginarse puede; montones de cadáveres hacinados acá y allá, expidiendo un hedor pestilencial; habitantes con figuras de espectros, agobiados por el hambre y la miseria; en una palabra, la imagen de la desolación en su más repugnante realidad.

El General en jefe, inmediatamente, mandó que se les distribuyera una sopa á todos aquellos infelices y veíase á nuestro soldado enternecido, partiendo su ración con los que, ante aquel cuadro horrible, ya no eran enemigos, sino hermanos desgraciados dignos de todo socorro.

El brazo de la justicia no cayó sino sobre los culpables de aquellas tremendas calamidades, y así, una vez sustanciadas las causas por todos los trámites legales y fallados en consejos de guerra, fueron fusilados los nueve jefes principales: General Castillo, el ya dicho Coronel Anguiano, el Dr. Ajos, el Dr. Díaz Granados, D. José Toledo, Dr. Portocarrero, D. Pantaleón Ribón, D. Martín Amador y D. Santiago Stuard.

Tal fué la conclusión de la memorable jornada de Cartagena de Indias que costó al Ejército español 1.825 bajas de peninsulares y 1.300 de soldados del país, total 3.125 entre muertos de bala, de heridas y de enfermedades.



OPERACIONES

SOBRE EL APURE Y LA CIUDAD DE ANGOSTURA

Con la conquista de Cartagena quedó pacificado casi por completo el antiguo Reino de Nueva Granada, hoy Colombia.

El General Morillo, con su Ejército victorioso, remontó la cuenca del caudaloso río Magdalena, dejando guarniciones en los puntos más estratégicos y en aquellas poblaciones á donde el carácter de sus habitantes demostraba ser más hostil á la causa española.

Una vez llegado á la capital, Santa Fe de Bogotá, trazó su plan de operaciones, tomando como base de ellas la línea del Magdalena, envolvente de la gran cuenca del Orinoco, á donde se encontraban el grueso de las fuerzas de Bolívar y de Páez, concentradas en la del Apure, afluente de la izquierda de aquél; comarca que es conocida en Venezuela con el nombre general de Los Llanos, terreno que, como indica su nombre, lo constituyen inmensas sabanas, cuyos habitantes han tenido siempre fama de excelentes jinetes, con los que se formó la terrible Caballería de Páez.

La Brigada de D. Miguel de Latorre, compuesta de los Batallones de Numancia y Chachirí, un Regi-

miento de húsares, una columna de cazadores y seis piezas de artillería de montaña, después de penosísimas marchas, trepando por aquella tremenda cordillera de los Andes, logró atravesarla, no sin grandes pérdidas en personal, ganado y material, y una vez en la vertiente oriental, con la oposición constante del enemigo, llegó á apoderarse de Barinas, en cuyo punto estableció su base por tener allí asegurada su retirada, bien á Barquisimeto ó bien á la cuenca del gran lago Maracaibo y coger además de revés toda la línea del Apure.

Después de cuarenta horas de descanso emprendió la Brigada la marcha el día 1.º de Febrero de 1817, pernoctando en Hato Frio, y á la mañana siguiente se dispuso todo para el combate, pues según confidencias se encontraba no lejano el General Páez con toda su Caballería, dispuesto á impedir la posesión de San Fernando, objetivo preciso para marchar sobre Angostura, patria de Bolívar y ciudad dispuesta á sucumbir en favor de España, como oportunamente veremos.

Con efecto, al llegar al sitio denominado Macuritas, extensísima llanura cubierta de yerba seca y alta, se divisó bien claramente como hasta 4.000 caballos montados por jinetes armados de lanzas y formados en escalones.

Inmediatamente el Brigadier mandó formar las columnas cerradas, el enemigo cargó por escuadrones sucesivamente, se le recibió con nutridas descargas que lograron rechazarlos en aquella primera acometida, yendo en su persecución el mismo Brigadier á la cabeza de los húsares, mandando antes formar en un

solo cuadro toda la Infantería, pues comprendía que al rehacerse tratarían de envolverlos por todas partes.

No tardó mucho tiempo en retirarse Latorre perseguido y revuelto con los lanceros de Páez y sus húsares huyendo en dispersión. Tan luego entró en el cuadro, éste rompió un mortífero fuego, sostenido y tenaz. Nadie se movía de su puesto; los lanceros en su impetuosidad, llegaban á cruzar sus lanzas con las bayonetas españolas y morían allí acribillados á balazos. Pronto se formó en derredor un verdadero atrincheramiento de cadáveres de hombres y caballos, que impedían á los demás el acercarse.

Cuando el enemigo se convenció que nada se conseguía sino aumentar la mortandad y que el cuadro permanecía impertérrito dispuesto á resistir á toda la Caballería del mundo, se retiró á larga distancia y formó un extenso círculo ó cordón que los envolvía completamente. Se mandó cesar el fuego y continuar á la expectativa, pues se ignoraba á qué conducía aquella otra disposición de los contrarios.

Pronto se supo; por distintas partes se vió levantarse humo, luego llamas que avanzaban impulsadas por el viento y alimentadas por aquellas secas yerbas; no cabía duda, se trataba de achicharrarlos sin piedad.

El incendio se aproximaba, el enemigo detrás de él seguía lentamente prorrumpiendo en salvajes carcajadas, denuestos y blasfemias, cual furias del infierno. No era aún bastante aquello para hacer horrible la situación, las víboras de que estaban plagados aquellos matorrales, en su huída, al cuadro venían y

clavaban su ponzoña en los pies y las piernas de aquellos bravos.

El intrépido Brigadier, subido sobre el caballo, escudriñaba con su altiva mirada el horizonte en busca de un punto de salvación; no le hallaba, decidió, pues, que el cuadro marchase siempre compacto en dirección del viento, por ser por allí menos cerradas las llamas.

Así se hizo, se atravesó la zona de fuego, las cartucheras reventaban, hiriendo y matando á muchos soldados; otros caían asfixiados y todos abrasados. Los claros eran inmediatamente cerrados.

Por fin, Dios premió aquel heroísmo; se llegó á un sitio pantanoso, allí el incendio se interrumpía. El ánimo se fortificó entonces, los enemigos volvieron á cargar furiosos y con la misma tenacidad volvieron á ser rechazados, durando la lucha hasta las dos de la tarde, en que los insurrectos, ya impotentes y destrozados, se retiraron con su jefe á la cabeza, no sin ser perseguidos con el fuego y por los húsares que pudieron salvarse de su derrota.

Al terminar este ligero apunte, séame permitido lamentarme de que hechos de esta naturaleza, que tanto abundan en la guerra separatista de América, que tan alto hablan en favor de nuestra bizarra Infantería, permanezcan ocultos en la Historia militar de nuestra Patria y que no se citen como acabados modelos de disciplina, valor, lealtad y heroísmo. ¿No es esta una página de las muchas que tienen olvidadas nuestros historiadores? ¡Loor á los Batallones de Numancia y Cachirí, honra de la española Infantería!

Después de esta victoria, la columna siguió haciendo su marcha por tierra y por agua, algunas compañías embarcadas en canoas, molestadas constantemente por el enemigo, que desde las orillas no cesaba de tirotear, empuñándose algunos combates hasta que llegó á San Fernando, á donde se encontraban algunas tropas indígenas y las flecheras de guerra *Carmen* y *San Antonio*.

El 17 de Febrero continuó la marcha por ambas orillas del Apure hasta la confluencia con el Orinoco, en que, debido á la anchura de este hermosísimo río, hubo necesidad de embarcar á toda la fuerza, y así se prosiguió sin más novedad que un combate con los caimanes, que asaltaron las canoas más pequeñas, hasta llegar el 27 á la patriótica ciudad de Angostura ó Guayana, hoy ciudad Bolívar.

El júbilo con que sus habitantes recibieron á la Brigada, fué indescriptible; eran sus salvadores, hacía tres meses que se encontraban sitiados, sin más defensa que dos compañías de Barbastro y los paisanos armados, cubiertos por débiles atrincheramientos.

Lejos de mejorar la situación fué empeorando cada día más, pues el bloqueo seguía y las bocas habían aumentado; caballos, perros, gatos, ratas, todo se fué comiendo, hasta llegar el 14 de Abril, en que empezaron las muertes por hambre, y el Brigadier Latorre, deseoso de que cesaran aquellos sufrimientos, hizo una salida con el Batallón de Cachirí y las dos compañías de Barbastro, y al llegar á la misión de San Félix se encontró frente á 2.300 infantes armados de fusiles y flechas y 700 caballos perfectamente montados, al mando de Bolívar. En seguida se desplegó en

batalla, mas con la velocidad del rayo cayó la Caballería contraria sobre las dos compañías de Barbastro y las pasó á cuchillo, no dando tiempo á Cachirí para formar el cuadro, pronunciándose en completa dispersión, siendo aquello un verdadero exterminio, pues á nadie se dió cuartel.

Pudieron regresar con vida á la plaza sólo 250 hombres de los 1.800 que salieron.

Bolívar, engreído con esta victoria, embistió con denuedo; el combate no cesaba ni de día ni de noche, las municiones llegaban á escasear, las enfermedades se desarrollaban con terrible incremento; los cadáveres, insepultos, yacían tendidos por las calles y, hacinados en montones, despidiendo pestilencial olor. La última galleta que se comió en la plaza le costó al Brigadier Latorre dos onzas de oro.

El Coronel D. Rafael Sevilla, en sus *Memorias de un militar*, dice á este propósito: «Los guayaneses son dignos de que por España se les levante un monumento grandioso, como grande ha sido la fidelidad de aquellos oscuros héroes que sacrificaron todo, sus intereses, sus familias y hasta su vida en el altar de la Patria española. ¡Oh! ¡Cuántos Guzmanes, cuántos Daoiz y Velardes, humildes hijos del pueblo he conocido yo en Guayana! ¡Cuántos hombres nacidos en aquel suelo y pertenecientes, lo mismo á la raza de los conquistadores, que á la de los conquistados, que á la de los negros oriundos de África y de los mestizos, se han hecho allí acreedores á dejar sus nombres esculpidos en las páginas de la historia, en mármoles y bronces!»

El Brigadier Latorre, convencido ya de lo insos-

tenible de la posición y satisfecho de haber dejado bien puesto el honor de las armas españolas, convocó á los jefes de cuerpo y á los vecinos más notables de la ciudad á una junta para oír el parecer de todos en las proposiciones de capitular ó retirarse.

Diversos fueron los pareceres, los militares abogaban por abrirse paso á viva fuerza y marchar en retirada sobre Cumaná; los paisanos no querían separarse de su querida guarnición, hasta que un venerable anciano se levantó y con débil voz dijo, según copio de las referidas *Memorias*:

— «Señor Brigadier, de seis hijos varones casados que tenía, han muerto dos, uno de hambre y otro de bala; los otros cuatro están con el fusil en la mano, desde el principio del sitio, defendiendo los derechos de España y del Rey; tengo cuatro hijas, dos casadas y dos solteras, cogiendo yerbas por las calles para mantenerse; jellas que se criaron en el regalo y en la opulencia!; jellas que tienen un padre rico de oro, pero sin un mendrugo de pan que ofrecerles, ni á mis treinta nietecitos pedazos de mi corazón! En caso análogo al mío se hallan todos los padres de familia de Guayana, pobres y ricos, blancos, indios y negros, que la miseria á todos nos igualó. Ahora bien; ¿consentiría V. S. abandonar así, como se propone por algunos militares, á estas familias beneméritas que todo lo han sacrificado á la gran Nación, bajo cuya bandera nacimos y queremos morir? ¿Se premiará de este modo la lealtad de la invicta Guayana, que sin guarnición europea, desecho su Ejército en San Félix, ha resistido tanto tiempo á las mejores tropas insurgentes de Costa Firme, mandadas en persona por

Bolívar? Señor Brigadier, ya el cementerio se ha tragado más de la mitad de los habitantes de Guayana; los que quedan son pocos, si es forzoso abandonar nuestros hogares y caminar errantes en los llanos ó por otra parte, lo haremos gustosos; pero es preciso que vayamos todos juntos, hombres, mujeres y niños, sin distinción entre militares y paisanos. Si esto no es posible, hagamos una grande hoguera como en Sagunto y muramos en ella todos; que toda muerte es preferible á la ignominiosa que nos den los perturbadores de nuestra felicidad. Pregunte V. S. á los demás vecinos y verá que piensan como yo.»

El Brigadier y los circunstantes quedaron profundamente conmovidos ante aquella patriótica resolución. Se optó por la retirada en la forma que el anciano proponía.

Todos los barcos fueron aprestados, empezaron por embarcar las familias y luego la guarnición, bajo un fuego horroroso. Ni un habitante quedó en Guayana; desierta, fué pasto del saqueo enemigo, mientras la flota se deslizaba por las tranquilas aguas del Orinoco.

Tal fué el día 17 de Julio de 1817 en que dejó de ondear para siempre el pabellón español en la heroica ciudad de Guayana: dediquemos en nuestra memoria un grato recuerdo á aquellos mártires y reciban el aplauso que desde lejos les envía este humilde soldado.

Batallas de la Puerta.

DESPUÉS de la derrota sufrida por el Ejército español en las llanuras de Carabobo, al mando del General Cagigal y de sus segundos Ceballos y Calzada, organizó Boves las fuerzas indígenas de que disponía y púsose en marcha con ellas, llegando el 14 de Junio de 1814 á la villa de Cura, en la provincia de Caracas, situada en una llanura circundada de bosques, con una sola entrada al valle que justifica el nombre de *la Puerta*. En dicho valle se hallaban concentradas todas las tropas de Bolívar, que ascendían á 4.300 hombres y nueve piezas de Artillería.

Al avistarse ambos contendientes, invitó Boves á Bolívar á un combate personal que no aceptó éste, disponiendo aquél un ataque general, cayendo en la primera embestida en su poder toda la artillería que habían colocado en una altura.

A los pocos momentos de lucha, emprendieron los insurgentes la retirada en tal desorden y dispersión, que llegó Bolívar á Caracas con sólo dos ordenanzas, quedando el campo enemigo cubierto de cadáveres, los cuales hace subir Torrente hasta 4.000.

Dice este autor que jamás se había visto en América una batalla tan sangrienta. Todo lo perdió el enemigo en aquel día memorable: los Secretarios de



Estado, los Ayudantes de su General en jefe y los caudillos principales de la insurrección, salvándose sólo el jefe de la Artillería, que cayó vivo en poder de las tropas de Morales, el cual lo hizo fusilar al día siguiente en la villa de Cura.

Séame permitido, antes de continuar, hacer un paréntesis para lamentar como buen español, esta y otras manchas que empañan la brillante historia militar de Morales, Boves y otros jefes de nuestras tropas, anteriores al mando del humano Morillo, los cuales, embriagados sin duda por las victorias, no vacilaban en sacrificar con crueldad á indefensos prisioneros; sin tener que echar con esto en cara á los insurgentes iguales procederes. ¡Escuela de sangre y exterminio donde aprendieron los jefes españoles que, al regresar á la Madre Patria y dividirse en los bandos de carlistas y liberales, llevaron á cabo aquellas horrendas escenas de la guerra sin cuartel!

A pesar de todo, la acción á que nos referimos fué victoriosa para las Armas españolas, y por tanto la debemos aplaudir.

En 1818, cuando la retirada de Bolívar á la Guayana, en el mes de Febrero, resolvió éste emprender de nuevo las operaciones á fin de impedir la expedición de Morillo á Perú y Buenos Aires, presentándose en la provincia de Caracas con 2.000 infantes y 3.000 caballos, penetrando segunda vez en el ya dicho valle de Cura y tomando posiciones para defender su entrada. Al saberlo salió precipitadamente el Brigadier Morales con su columna el día 15 de Marzo en aquella dirección; descubriendo que no sólo estaba Bolívar con sus tropas procedentes de Guayana, sino que

entre ellas se hallaban tres Batallones ingleses, lo que le obligó á permanecer á la defensiva por encontrarse inferior en fuerzas.

A las tres de la mañana del siguiente día tomó la ofensiva Bolívar, trabándose una lucha sangrienta. El Batallón de Barinas hizo prodigios de valor, mas no le fué posible resistir un empuje tan formidable, teniendo que retirarse para hacerse fuerte en una casa que había á la entrada del desfiladero; movimiento que siguieron luego las compañías de Victoria y la Caballería. En tan angustioso estado envió Morales parte de su situación al General en Jefe que se hallaba no lejano.

Tan luego como éste recibió las primeras noticias, púsose precipitadamente en marcha para darle el necesario auxilio, y á las nueve de la mañana llegó á dar vista al lugar del combate, destacando á su Secretario Teniente Coronel D. José Caparrós, para que á galope se acercara y volviera á darle noticias del estado en que se encontraba el combate; ordenando al propio tiempo al Regimiento de la Unión y al Batallón de Pardos de Valencia, que se hallaban en vanguardia, se despojasen de las mochilas y corriesen en socorro de las tropas de Morales que estaban ya reducidas á la mitad.

Desconcertados los insurrectos con la presencia de aquellas nuevas é inesperadas tropas, retiráronse del desfiladero y se internaron en el valle; visto lo cual por el General Morillo se arrojó sobre ellos á la cabeza del escuadrón de Artillería volante, lanzándose detrás la Infantería con igual denuedo. Mas al pasar por un espeso arbolado, salió de él un soldado ene-

migo que con su lanza atravesó el vientre del bizarro Morillo, diciendole: «*Muere, infame godó*»; desgracia que no fué apercibida más que por el mismo General, que con su pistola le disparó una bala en el cráneo que lo dejó exánime.

Esto no obstante, el triunfo fué completo, sufriendo el enemigo 400 bajas, entre ellas la del General inglés Donald, y bastante número de prisioneros, toda la documentación, armas, bagajes, banderas é innumerables trofeos que ilustraron esta gloriosa batalla.

Al recogerse al General Morillo, lo primero que encargó fué la constante persecución de los dispersos insurgentes, que se diera cuartel á cuantos lo pidiesen y que se respetase la vida de los prisioneros.



Carabobo.

I

PARECE como que ciertos sitios tienen sobre sí un estigma de maldición ó desgracia en las operaciones militares de los Ejércitos, no sólo porque su posición estratégica se preste á que aquel que sepa aprovechar sus ventajosas condiciones tenga desde un principio á su favor las probabilidades de la victoria y el contrario las de su derrota, sino que aunque los encuentros de ambos beligerantes sean casuales ó de circunstancias eventuales de las operaciones, haya siempre como un fatal sino que nuble ó eclipse las glorias de uno de ellos.

Tal ha acontecido por tres veces á las armas españolas en la comarca que en Venezuela lleva el fatídico á la par que ridículo nombre que encabeza á estas desperfeñadas líneas.

No siempre en el estudio de la Historia militar hemos de admirar y meditar las glorias que nos enorgullecen; ellas, cierto es, que levantan nuestro espíritu y satisfacen nuestro honor nacional; pero, en cambio, propenden ó á que en el delirio de nuestra legendaria altivez, nos ofusquemos considerándonos siempre invencibles ó á que nos durmamos sobre

nuestros laureles, cayendo en la apatía para el progreso militar y en la indiferencia sobre asuntos de organización y preparación para las guerras ulteriores, cogiéndonos desprevenidos.

Preciso es también al estudiar la Historia militar, fijarnos detenidamente en los reverses de las armas, no para deplorar las adversidades, sino para aprender en la escuela de los desengaños y evitar la repetición de los desastres, corrigiendo las deficiencias tácticas, estratégicas y logísticas que los hubieran motivado; pues que, como dice el Coronel Castro en sus *Máximas Militares*,

Todo la Historia lo encierra,
Y, auxiliando la memoria,
De la guerra sale historia,
Y de la historia la guerra.

II

Terminado este ligero proemio, entremos desde luego en materia.

En el año 1813, después de un pequeño triunfo conseguido por las tropas de Bolívar sobre los españoles, en las inmediaciones de Barinas, población situada en la falda oriental de la Sierra Nevada en los Andes venezolanos, dirigieronse aquéllas á través de la cordillera hacia Barquisimeto, en la vertiente occidental, donde se encontraba una columna nuestra, al mando del Teniente Coronel D. Francisco Oberto; que contaba con un tercio más de gente que la enemiga y, sin embargo, desde el primer encuentro, sufrió una completa derrota, según dice To-

rente: *por impericia y mala dirección del jefe que la mandaba*; sin que á la vista tengamos detalles de esta acción, sino que dió por necesario resultado el desastre de Tinaguillo, que pasaremos á relatar.

Sabedor el Teniente Coronel D. Julián Izquierdo, que con 1.000 hombres se encontraba en San Carlos, que su compañero Oberto había sido derrotado en Barquisimeto, trató de replegarse hacia Valencia; mas recibió orden del General Monteverde, jefe de la División, de volver á San Carlos, y al llegar á Tinaguillo recibió contraorden, y viéndose con el enemigo encima y que le embarazaba la Artillería para maniobrar por aquel terreno quebrado, la envió á Valencia con 200 hombres, cometiendo la torpeza de posicionarse en la llanura, dejando que ocuparan las alturas los contrarios, viéndose así completamente copado, siendo acuchillados 700 soldados de bizarra y aguerrida Infantería por las impetuosas cargas de la Caballería, que no pudieron resistir, porque la mayor parte de los fusiles se encontraban sin bayonetas. Tal aconteció el 31 de Julio de 1813.

Al llegar la noticia á Puerto Cabello, el Gobernador de esta plaza Sr. Ceballos salió con toda la guarnición de ella, compuesta del Regimiento de Granada y de un Batallón de voluntarios indígenas, y se encontró en Vígirimá y Araure con las tropas de Bolívar, compuestas de 6.000 hombres, entre ellos 500 estudiantes de la Universidad de Caracas. Atacó decididamente Ceballos, y en la primera embestida llevó la mejor parte; mas rehechos los de Bolívar, atacaron á su vez, pero los indígenas no resistieron y se pronunciaron en la más vergonzosa dispersión,

dispersión que contagió al Regimiento de Granada, á pesar de los titánicos esfuerzos de su Coronel Yáñez.

Algunos de los fugitivos se refugiaron en San Fernando, otros fueron á parar á Angostura y el Regimiento de Granada á Cara en el mayor estado de abatimiento y miseria y con sólo 400 hombres.

Así continuaron las operaciones, siempre desgraciadas para las armas españolas, hasta que en Mayo de 1814, deseando el Capitán General del Distrito de Venezuela, D. Juan Manuel Cagigal, dar un golpe decisivo y levantar la decaída moral de las tropas, reunió todas las fuerzas de que pudo disponer, y puesto de acuerdo con el infatigable Boves, jefe de los famosos zambos (1), hizo con éste movimientos combinados, á fin de que á últimos de dicho mes se encontrara en Cara, á la vez que él en Valencia.

El Capitán General, con efecto, llegó al punto designado, mas no acudió Boves al suyo con la misma oportunidad, y encontrándose ya aquél en presencia del enemigo, se vió precisado á hacer un doble despliegue, hacia Cara y hacia Valencia, resultando débil cuando descendió á la llanura de Carabobo, donde se hallaba Bolívar con todas sus fuerzas reunidas.

Al primer ataque de éste hacia el centro, flaquearon los nuestros, el General mandó á la izquierda que cubría á Cara, que se replegara; mas el enemigo, haciendo al propio tiempo un movimiento envolvente,

(1) Zambos, llaman en Venezuela á los mestizos de negro é indio.

arrolló á todo el Ejército, que se declaró en la más espantosa dispersión. Cagigal, Ceballos y Calzada hicieron los más heroicos esfuerzos, pero en vano: ellos mismos tuvieron que fiar á la ligereza de sus caballos la salvación de sus vidas. ¡Todo por la falta de puntualidad en la columna de Boves!

III

Habían transcurrido ya ocho años; la tregua había terminado y con ella empezaron las decepciones; muchos leales, nacidos en América y en España, que habían combatido con denuedo en pro de la integridad, hicieron traición á su Patria y se comprometieron por ocultos lazos de la nefanda masonería, para faltar á su lealtad y á la fe jurada ante la bandera roja y gualda. Ya Morillo, el General en Jefe de la expedición de 1815, se había embarcado para la Península, dejando el mando al bizarro General D. Miguel de Latorre; todo presagiaba las postrimerías de la dominación de España en la Costa Firme.

El nuevo General en Jefe quería fiar al éxito de una batalla decisiva la suerte de su Ejército, replegado ya á la costa, mientras llegaba el deseado socorro de la Madre Patria: el Ejército que se estaba concentrando en las Cabezas de San Juan con destino á esta región. Ejército que, como sabemos, encontró más patriótico entregarse al fanatismo de la política, pronunciándose por la causa de un partido, que no embarcar, y con dicho pretexto dejar de cumplir con los deberes que la Patria le imponía.

Érase el mes de Junio de 1821, y Latorre se ha-

llaba acampado en las llanuras de Carabobo con 6.000 hombres en situación pasiva, esperando que los insurgentes tomaran la ofensiva. Bolívar, con 2.000 hombres, permanecía en San Carlos, distante catorce leguas del campo español, y Páez en el Apure con 3.000, incluso en ellos su terrible Caballería.

Aquella falta de acción del General Latorre permitió á Páez reunirse á Bolívar y emprender el avance hacia Valencia el día 20 de Junio.

El Coronel D. Manuel Lorenzo (1), que se hallaba destacado en San Felipe, dió avisó al General, el día 22, de que por aquella parte se habían presentado algunas partidas enemigas, y éste dispuso la inmediata salida en aquella dirección del primer Batallón del Regimiento de Navarra, del de Barinas y de un escuadrón de Caballería, formando una Brigada á las órdenes del Brigadier Tello, cuyas tropas no tuvieron más que pequeños encuentros y tiroteos; pues el objeto de Bolívar era precisamente ese, el de distraer fuerzas hacia aquella parte.

Latorre permanecía siempre á la espera, posicionado en las colinas que dominan la sabana llamada las Palomeras, y al amanecer del 24 presentóse todo el Ejército contrario en actitud amenazadora. El General situó al primer batallón de Valencey, ocupando el frente de dicha sabana en la quebrada del Loro, cubriendo el camino de Valencia á San Carlos; al Batallón de Hostalrich á la derecha, y al de Barbastro en el centro. A la izquierda de esta línea, y un

(1) El mismo que, siendo General, tanto se distinguió en nuestra primera guerra civil.

poco á retaguardia sobre el camino de Pao, colocó el primero del Infante, y en reserva el Regimiento de Burgos y la Caballería, compuesta de los húsares de Fernando VII y de los Carabineros Reales.

El enemigo descendió por la gran pendiente que concluye en la quebrada del Loro, y al llegar á su inmediación se dirigió rápidamente á la derecha, corriéndose hacia la Pica de la Mona, que sale al centro del llano. En vista de este movimiento, el General Latorre, á la cabeza de Burgos, les salió al encuentro: el primer batallón de éste fué rechazado en la embestida, teniendo que volver á cruzar la quebrada; pero auxiliado por el segundo, se empeñó un sangriento combate en el que entraron luego Barbastro y Hostalrich. Mientras tanto, un Cuerpo de Caballería enemiga se corrió por la derecha y se presentó en el llano: entonces los escuadrones de Fernando VII y Carabineros acudieron á su encuentro; mas al observar la presencia de otros Cuerpos de la misma Arma, volvieron grupas, siendo cargados vigorosamente, perdiendo su formación y arremolinándose en el mayor desorden.

Entonces, la mayor confusión se desarrolla en toda la línea; la Infantería que se batía en la Pica de la Mona se retira á la desbandada; el Batallón de Valencey, que permanecía firme en la posición que se le había señalado, al ver que todo el llano que tenía á retaguardia estaba lleno de Caballería enemiga y de dispersos, emprende su retirada con dos piezas de batalla; el Coronel que lo mandaba, D. Tomás García, le dirigió la siguiente arenga:

—¡Batallón, aquí de vuestra disciplina, sereni-

dad y valor, oído sólo á mi voz! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Este bizarro Batallón empieza su movimiento de retirada en columna cerrada con el mayor orden, abriéndose paso entre las tropas rebeldes que le cercaban por todas partes; la Caballería le da dos cargas, que resiste denodadamente y rechaza con tesón. Antes de llegar á la salida de la sabana recibe una tercera carga por un flanco y retaguardia, que rechaza igualmente; llega á colocarse en una altura y forma el cuadro. Bolívar, desesperado al ver la tenacidad de aquel Batallón contra todo su Ejército, arenga á sus tropas, forma con los Cuerpos más escogidos una columna que tituló de honor, y puesto á su cabeza se arroja furioso contra Valencey; pero éste, siempre intrépido, adelanta su compañía de granaderos, y á la primera descarga, hecha á tiro de pistola, hace caer de sus caballos á casi todos los jefes que formaban el Estado Mayor de Bolívar, entre ellos al famoso General Cedeño y al Coronel D. Ambrosio Plaza, retirándose precipitadamente la citada columna de honor.

Continuó entonces su marcha lenta este heroico Batallón hasta Tocugito; allí fué otra vez cargado, sin resultado alguno. Iracundo Bolívar de ver lo inquebrantable de aquella columna de hierro, hizo que los infantes montaran á la grupa de los jinetes y la alcanzó á legua y media de Valencia, donde, una vez más, se ciñó sus sienes con ilustres laureles, y así continuó su retirada con el mayor orden. Hizo alto en Naguanagua, y viendo que no volvía á presentarse el enemigo, marchó con las debidas precauciones á

Puerto Cabello. A poco de estar en esta plaza llegó la Brigada Tello, íntegra en su fuerza, pues apenas tomó parte en la acción, y dispersos de todos los Cuerpos derrotados con el mayor desaliento y tristeza.

Podrán los venezolanos envanecerse con el triunfo de Carabobo, muy legítimo es; pero á pesar de nuestra derrota, podemos presentar á la faz del mundo entero un ejemplo de lo que es un Batallón de la Infantería española, cuando está bien disciplinado, instruído y mandado. Y cuando en él hay un verdadero espíritu militar, que según la Ordenanza lo constituye: «*el valor, prontitud en la obediencia y grande exactitud en el servicio*». ¡¡Loor al invencible Batallón de Valencey!!

Mas no basta que los Cuerpos sepan sucumbir como éste; es preciso que se los sepa dirigir bien. La última batalla de Carabobo nos prueba que no es la defensiva la que da más seguridad á la victoria; que si el General Latorre hubiera movido convenientemente á su Ejército, yendo sobre San Carlos, donde se hallaba Bolívar con fuerzas inferiores, hubiera cumplido con el precepto estratégico de *oponer las grandes masas á las pequeñas fracciones del contrario*; no hubiera dado tiempo á que Páez se le reuniese; luego la habría emprendido contra este sólo y así habría recuperado todo lo perdido.

El mismo campo de batalla que escogió para la espera, tenía sobre sí el mal agüero de haberse en él estrellado por cuatro veces el heroísmo español; y durante la acción no desplegó toda la actividad que requerían aquellos momentos solemnes, y sobre todo, hay que culpar á la Caballería que no supo emplear

en aquel día todos los recursos de valor que en otras ocasiones había demostrado.

Perdida la batalla de Carabobo en 1821, puede decirse, que se perdió el dominio de España en aquellas regiones; pues si bien posteriormente se hicieron vigorosos esfuerzos para ganar lo perdido, como veremos en otro artículo, todos resultaron impotentes.



Cumaná.

Toca hoy el turno entre las *Páginas olvidadas de la Historia Militar de España*, de que nos venimos ocupando, á la de la ciudad de Cumaná, preciosa población situada en la desembocadura del río Manzanares, sobre sus dos orillas y á la entrada del pequeño golfo de Cariaco, uno de los últimos baluartes del continente americano, donde ondeara el entonces desgraciado pabellón español.

Guarnecían á esta plaza en 1819 el segundo Batallón del Regimiento de Granada con 400 plazas, el Batallón de Cachirí con 300, dos compañías de granaderos, una de Navarra y otra de Barbastro, y dos de voluntarios, compuestas de artesanos, negros y mulatos, todos bajo las órdenes del Gobernador, Brigadier D. Tomás Cires.

Sitiábanla 1.200 insurgentes, acaudillados por el Coronel Montes, que tenía su cuartel principal en Cumanacoa, atacando constantemente y privándola de todo auxilio por tierra.

En esta situación permaneció durante los meses de Junio y Julio, y el 3 de Agosto presentáronse en el puerto la corbeta de guerra *Descubridora* y la goleta *Morillo* con la nueva de que habían divisado varios barcos colombianos con rumbo hacia allí, por

lo que era de temer algún desembarco ó bombardeo. Noticia que vino á corroborar el día 5 una piragua procedente de Nueva Barcelona que traía pliegos del Coronel Arana, donde participaba al Gobernador que una expedición de extranjeros había desembarcado por aquella costa, sin poder precisar de qué nación eran, sino que habían tomado la dirección de Cumaná.

El día 10, á las once de la mañana, aparecieron en los cerros de Bordones numerosas tropas, que por sus movimientos tácticos se comprendió eran regulares y disciplinadas, permaneciendo allí todo el día. Ya de noche, los escuchas detuvieron á un inglés borracho, que fué presentado al Gobernador, el que, interrogándole por medio de intérprete, pudo averiguar que aquellos nuevos enemigos eran ingleses y alemanes, en número de 1.300, que su jefe era el Coronel Rifler, inglés, así como toda la oficialidad; que venían á defender la causa separatista y que su intento era asaltar la plaza.

Entre los pliegos recibidos por el Gobernador había un oficio del General en Jefe en el que notificaba que en la Península se estaba preparando una gran expedición con destino á Costa Firme, que no tardaría en embarcar; ordenando que las posiciones se sostuvieran á toda costa; pues que con los esperados refuerzos se daría un golpe decisivo á la insurrección y se alcanzaría el triunfo de la causa española.

Indescriptible fué el entusiasmo de los leales al saber noticias tan halagüeñas, renaciendo en todos la ya un tanto decaída fuerza moral.

A eso de las once de la noche del referido día 10 de Agosto fué atacado bruscamente el castillo de Santa María, oyéndose gritos de ¡hurra! con nutridas descargas de fusilería, que fueron contestadas con metralla, la que les hizo variar de dirección hacia el fuerte de Agua Santa, que respondió con su Artillería. Al ver que ésta no era bastante para contener aquellas inflexibles columnas, el Capitán D. José Galcerán del Valle, que mandaba dicho fuerte, careciendo de Infantería, empleó las granadas de mano cuando ya estaban en la contraescarpa, dando por resultado el que sembraran la muerte y la dispersión entre aquellos mercenarios extranjeros, que en su mayoría dejaron allí sus cadáveres. Al ver aquella huída, el Gobernador dispuso que saliera la Compañía de Barbastro en su persecución, la que logró atacarles la retaguardia, pasándola toda á cuchillo y cogiendo multitud de prisioneros.

Siguió Cumaná en estado de sitio todo el resto del año 1819 y principios del 20, sin hechos memorables que narrar, más que intentonas de los insurgentes, que fueron castigadas con pérdidas de consideración para ellos. Fué relevado el Brigadier Cires por el Coronel Tovar, el cual trajo consigo algunos refuerzos y pertrechos que mejoraron la situación de la plaza.

El día 2 de Mayo de 1820 se recibió la infausta nueva de que la tan anhelada expedición de la Península había sido sublevada por Riego al grito de ¡viva la Constitución! y que ésta había de jurarse por aquella brava guarnición con toda solemnidad.

Levantóse al efecto un tablado en el centro de la

plaza Principal, desde donde el Gobernador, ante todas las tropas formadas, leyó aquel Código de 1812, lo vitoreó, mas costó mucho trabajo á los jefes el obligar á los Oficiales y soldados á que repitiesen aquellos vivas que encerraban un *muera* á la Patria; pues todos estaban convencidos que con aquel sistema se iba á perder para siempre la América. Sin embargo, la ceremonia se llevó á cabo con visible repugnancia, pero sin resistencia.

Aquellos lúgubres pronósticos no tardaron en verse cumplidos: el día 6 se divisó un grupo de gente á caballo con banderas blancas que se aproximaba; el Gobernador ordenó al Teniente Coronel de Cachimí, Sr. Medina, que saliera también con escolta y bandera blanca á guisa de parlamentario, y pronto regresaron los dos grupos reunidos, resultando que eran dos jefes, uno español y otro colombiano, que traían pliegos de Morillo y de Bolívar, en los que se mandaba á ambos Ejércitos que cesasen todas las hostilidades durante cuarenta días, pues se había convenido un armisticio, hasta el día 11 de Junio, en el pueblo de Santana, donde el General Morillo recibió del caudillo insurrecto un abrazo y un beso de Judas en la frente.

Cuando el Coronel Tovar hubo leído aquellos oficios, hizo un gesto de indignación que con trabajo reprimió, pues comprendía que el cándido General en Jefe había caído en un lazo: miró al Teniente Coronel Medina, y éste, sin poderse contener, le dijo:

—«Mi coronel, sin duda está decretado en los designios providenciales que nosotros hemos de perder esta tierra, para cuya conservación tanta sangre

hemos derramado, tantas madres hemos dejado sin hijos, tantos hijos sin padre, tantas esposas sin esposos. Aquí, delante del señor (señalando al jefe insurgente), deseo hacer constar que si perdemos este territorio, tal desgracia no será debida al valor de los rebeldes, sino á su astucia y á la torpeza de los políticos españoles, que con la Constitución y la tregua dan los medios que há menester el enemigo para introducir el desaliento y la seducción en nuestro fiel Ejército, compuesto en su mayoría de americanos leales, que han probado su adhesión en cien combates; pero ellos, que han resistido durante diez años á las balas, no resistirán á los halagos de la serpiente, cuando todos mezclados hablen de sus campañas y de sus aspiraciones. No hay remedio sino obedecer, mi Coronel; mi objeto es sólo que sepa Bolívar, por este su emisario, que el último Jefe del Ejército español comprende sus maquinaciones y lamenta la ceguedad de nuestro General en Jefe, quien es demasiado caballero para ser ducho en achaques de perfidia y no ha visto adónde nos conducen fatalmente la Constitución y la tregua. Hoy, mi Coronel, flota invicta nuestra bandera en las tres cuartas partes del territorio costafirmeño; tenemos batidos en todas partes á los insurgentes y éstos firman treguas para rehacerse y procurarse recursos y voluntades. Pero si la Historia es verídica, no dirá jamás que hemos sido vencidos en noble lid, sino vendidos villanamente.

—»Señor Teniente Coronel, yo no puedo permitir.....—arguyó Tovar.

—»Usía cumple con su deber, mi coronel; pero en el fuero interno de su conciencia, conoce, sin

duda, que yo digo la verdad. A la orden de V. S.,— y se retiró.»

Diéronse las órdenes al efecto de permitir á los colombianos la entrada y trato con todos los súbditos españoles y á éstos el poder pasar al campo enemigo. Estas relaciones produjeron el resultado que se esperaba. Los insurgentes procuraron por todos medios hacerse adictos con promesas y halagos. Las logias masónicas tendieron sus redes á los incautos que se dejaron ligar por juramentos y compromisos (1) y los naturales del país que servían en el Ejército español, fueron atraídos por sus parientes separatistas, y los españoles casados con venezolanas eran imbuídos por éstas á que se declararan ciudadanos de la República Colombiana (2), notándose diariamente una crecida desertión en las filas leales.

El General en Jefe D. Pablo Morillo, tan bizarro militar como cumplido caballero, sumiso á las nuevas instituciones y á las órdenes terminantes que recibiera del Gobierno de la Madre Patria, las acató; mas no queriendo presenciar los funestos resultados

(1) En aquella época la masonería española y la americana pertenecían á un mismo rito, y una de las causas que en nuestros días ha salvado á Cuba ha sido la de estar divididas en los ritos *Ibero* y *Colón*. (Véase el folleto de un insurrecto cubano despedido que se titula: *Morales Lemus*.)

(2) No todas y como excepción de ellas, entre otras varias, puedo citar á mi abuela materna D.^a María Sánchez de Arellano, que con su esposo el Capitán D. Manuel Montijano, su madre y sus hermanos, emigraron á Puerto Rico, abandonando en aras de la Patria las inmensas riquezas que poseía en Cumará, de donde era natural.

de ellas, dimitió y resignó el mando en el General D. Miguel de la Torre, á quien por Ordenanza correspondía, embarcándose él para la Península.

Terminada la tregua, encendiéndose de nuevo la guerra con mayor encarnizamiento, haciéndose entonces más ostensibles las decepciones; viéndose con los enemigos, jefes, oficiales y soldados que en las anteriores campañas habían demostrado su arrojo, valor y abnegación por la causa española. ¡Caiga sobre los tales un baldón de ignominia!

A principios de Julio de 1821 fué nombrado Gobernador del Cumaná el Coronel D. José Caturla (1), el cual dispuso el día 19 una expedición á Cariaco para que combatiera al Coronel Armario que allí se encontraba atrincherado, yendo el Batallón de Granada por tierra y seis flecheras con 100 hombres de desembarco por mar, al mando del Capitán Cid y del Teniente Caparrós; expedición que fué rechazada después de una reñida lucha, lo que produjo gran desaliento en los leales.

Como si esto no fuera bastante á quebrantar la fuerza moral, llegaron dos barcos de Puerto Cabello con la infausta nueva de la derrota de Carabobo, de la brillante retirada del General Latorre, de la toma de Valencia por el enemigo, de la capitulación de la Guaira, de la entrada triunfante de Bolívar en Caracas y del sitio de Puerto Cabello.

Por dichas naves prometía el General Latorre pronto socorro con la siguiente alocución: «Irán bu-

(1) Tío de mi querido condiscípulo é ilustrado Profesor de la Academia General Militar D. Luis Caturla.

ques cargados de gente y de vituallas; me tienen sitiado Bolívar, Páez y todas las notabilidades de la República; pero la plaza está bien provista, es fuerte y los rechazaremos. Consérvese Cumaná por España y todo se ha de remediar. Ánimo y valor.»

Reducido ya el dominio español sólo á las plazas de Puerto Cabello y Cumaná, pudo todo el Ejército colombiano emprender con ahinco el ataque á esos dos puntos. Por lo que á Cumaná se refiere, el día 2 de Agosto llegó sobre ella todo un Cuerpo de ejército á las órdenes del General Bermúdez, posicionándose en la boca del Cauero y en los cerros de San Francisco y de Bordonos, presentando así un sitio en toda regla por tierra, y el día 3 se presentó una escuadra procedente de la isla Margarita, que cerró también la entrada del puerto.

La situación no podía ser más crítica, el enemigo emplazó varias baterías, y desde éstas y la escuadra bombardeaban sin cesar á la población, y todas las noches trataba de sorprender algún punto desde el cual era rechazado con vigor.

Los víveres empezaron á escasear, el Gobernador dispuso que todos se pusiesen á media ración; esto era lo que Bermúdez se proponía, que la plaza se rindiera por hambre y por eso no daba un ataque decisivo.

Lentamente fué acabándose todo, ya no había que comer, ni perros, ni gatos, ni caballos, ni ratas quedaban; todo había sido consumido; y para mayor desesperación, el enemigo quiso gozarse en una sarcástica diversión.

El día 5 de Noviembre, cuando más atormen-

taba el hambre, apareció por el O. una escuadrilla de guerra que enarbolaba bandera española, y al divisarla los barcos que sitiaban la plaza, huyeron hacia punta Araya, trabándose un combate en apariencia, lo que produjo tal alegría que todas las campanas se echaron á vuelo.

El Gobernador ordenó á las tres flecheras, únicas de que podía disponer, que salieran á proteger al bergantín que venía en cabeza, más el Comandante de ellas, Sr. Echevarría, que conocía todos los buques de guerra españoles, viró de pronto y avisó que era un engaño, y que sin duda de lo que trataban era de apresar á las tres flecheras.

El día 15 de Noviembre, los buques mayores de la escuadra se internaron en el puerto, viéndose con gran sorpresa que el fuerte de la Boca no hacía fuego, sino que, por el contrario, enarbolaba bandera colombiana y arriaba la española. Entonces el Coronel Caturra, absorto con aquel hecho que no podía comprender, envió de parlamentario al Comandante D. José Hurtado, que, como natural del país y amigo antiguo de Bermúdez, podía ofrecer mayores garantías para éste, á que recibiera noticias de qué era lo que pasaba.

Pronto regresó el enviado con la triste nueva de que el fuerte de la Boca había sido entregado por el Capitán Sususarri, natural de Vizcaya; y como era la llave principal de la plaza, ésta quedaba completamente insostenible, y con un pliego de Bermúdez para el Gobernador, en el que le decía: «Señor Gobernador D. José Caturra: reconozco la actual situación é impotencia de Ud. para continuar la de-

fensa; sé muy bien que no le quedan en la plaza víveres ni recursos de ningún género; es criminal obstinación seguir sacrificando sin fruto alguno la guarnición y demás gente, y en nombre de la filantropía que me es habitual, estoy pronto á concederos una honrosa capitulación.»

Viéndose ya completamente perdido el Sr. Caturra, comisionó al Teniente Coronel de Cachirí para que pasase al campo enemigo á proponer las condiciones de la capitulación. A las cuatro de la tarde regresó con las bases de ella, que consistían en entregar la plaza al día siguiente con toda su artillería, así como los castillos, fuertes y baterías; la guarnición saldría de ella á las seis de la mañana de dicho día 16, con bandera desplegada, armas y municiones, antes de entrar el enemigo; los oficiales podían llevar sus espadas y equipajes, y una hora antes se exploraría la voluntad de todos por si querían continuar en el Ejército colombiano ó como simples particulares, y que los que quisiesen emigrar, serían conducidos por los barcos de la República á la isla de Puerto Rico.

Dicha capitulación fué aprobada y firmada por los contratantes. Amaneció el día 16; todo se cumplió con arreglo á lo pactado y así se retiró el pabellón español de aquellas playas donde enhiesto lo plantó un día el gran Colón. ¡Fecha de luto y amargura para la historia de España en América! ¡A cuántas lúgubres meditaciones se prestan estos acontecimientos! No sé elevar la fantasía de mi imaginación en estos momentos, y en su defecto dejo hablar á un actor de esta triste escena, á D. Rafael

Sevilla, copiando el final de su interesante obra *Memorias de un militar*:

«La noche era clara y despejada (1), la luna, asomando por Oriente, rielaba en el mar y nuestros buques con torrentes de perlas, aumentando más y más nuestra melancolía; las olas parecía que murmuraban á nuestro rededor elegías de amargura. Los barcos navegaban con velocidad, y en breve la negra silueta de la tierra americana se hundió en las nieblas del horizonte; aquella tierra ingrata, cuyo suelo está henchido y cuya candente atmósfera palpita con los recuerdos de mil y mil heroicidades y proezas españolas.....

»En breve, sólo la mar y el cielo mostraron ante nosotros su imponente majestad.

»Así había concluido aquella guerra sostenida por los titanes españoles en un clima abrasador contra los elementos desencadenados, contra la miseria y las más negras vicisitudes y contra la ferocidad de un Ejército aguerrido y numeroso, y, lo que es más terrible, contra la continua traición de hijos bastardos de España, que nunca faltan en todas las causas, por santas que sean, mayormente cuando amenaza la adversidad, Judas menguados que las venden por treinta dineros ofrecidos á su insaciable ambición y codicia.»

Llegaron aquellos valientes, extenuados por las fatigas y agobiados por las penas y la miseria, á la isla de Puerto Rico, donde mis honrados paisanos

(1) Por falta de viento, la escuadra no pudo salir hasta por la noche.

los recibieron con los brazos abiertos, prodigándoles toda suerte de consuelos y recursos, y allí entre aquellos leales hermanos encontraron el necesario descanso á tantos infortunios. Por fin pisaron tierra amiga y hospitalaria; tierra que nunca abrigó traidores y cuya fidelidad jamás ha sido empañada, á pesar de encontrarse rodeada de enemigos irreconciliables de España, que, como dijo un poeta,

Al maldecir las glorias de Castilla
Las han de maldecir en castellano.



Batalla de Guaqui.

GOVERNABA el vasto y riquísimo reino del Perú en 1811 el Virrey D. José Fernando Abascal, Marqués de la Concordia y Teniente General de los Reales Ejércitos, cuando estalló la revolución en contra del dominio español y en favor de la independencia del país; mas á las prudentes y enérgicas disposiciones de dicha autoridad y á su exquisito tacto político, se debió el que por el pronto se conjurase el peligro que contra las instituciones había existido, volviendo á renacer la tranquilidad y sumisión en todas partes, aun cuando aparentemente.

Empero, esta halagüeña pacificación bien pronto quedó alterada por un pretexto infundado. Tal fué la susceptibilidad del Comandante General y presidente de la Audiencia de Cuzco, D. José Manuel de Goyeneche, Mariscal de Campo, natural de Arequipa, el cual presentó la dimisión de sus elevados cargos al Virrey, fundándola en las continuas deserciones que observaba en los oficiales y soldados del Ejército á sus órdenes, en los progresos que hacían la seducción y el engaño de los traidores y otras causas graves que se repetían, á pesar de sus

severos castigos y de la energía que desarrollaba para impedirlo.

Conociendo el Virrey muy á fondo las brillantes cualidades del valiente y pundonoroso General Goyeneche, que empleaba estos pretextos para disimular el disgusto con que recibiera su substitución hecha por el Gobierno de la Metrópoli en favor del Brigadier D. Bartolomé Cucalón; después de haber luchado y trabajado con tanto denuedo y generoso patriotismo para el restablecimiento de la legalidad; y siendo además imprudente á todas luces su relevo en aquellas difíciles circunstancias, no tuvo á bien el Virrey admitir la dimisión y determinó que continuase en su interinidad, suspendiendo indefinidamente el cumplimiento de la Real orden.

Aprovechando estas circunstancias, los agitadores promovieron tumultos pidiendo el relevo del General Goyeneche y amenazando con pasarse á la insurrección si no se verificaba; como así lo hicieron, engrosando las filas del Ejército contrario mandado por Castelf, que hacia el Alto Perú (hoy Bolivia) se acercaba procedente del Virreinato de Buenos Aires.

Hízose dueño bien pronto Castelf de las provincias de Chuquisaca, Cochabamba y la Paz, gobernándolas y administrándolas por las autoridades nombradas por él.

Engreído con aquella invasión, alentó á las demás provincias para que se insurreccionasen, por medio de exaltadas proclamas en las que ofrecía á los que le siguieran los cargos y destinos que dejaran los españoles y peruanos españolizados, y la posesión

de la hermosa y opulenta Lima; llegando en su altanería á decir: «*Aunque Dios no quiera, he de vencer á Goyeneche*» (1).

Como un incendio se propagaba el alzamiento separatista, llegando á extenderse á las provincias de Puno y Arequipa por el O., y hasta las márgenes del río Desaguadero por el E., donde se encontraban los pueblos de Guaqui, Casa y Jesús de Machaca (2).

Entre tanto, Goyeneche, acantonado en Zepita, organizaba sus fuerzas y las preparaba para una campaña activa; mas receloso el Ayuntamiento de Lima de que los resultados pudieran ser favorables á las armas españolas, se dirigió á la Junta revolucionaria de Buenos Aires, cuyo representante era Casteli, para acordar un armisticio de cuarenta días, en tanto que se recibían noticias de las gestiones que los Diputados americanos llevaban á cabo en las Cortes de Cádiz, para recabar libertades en favor de aquellas vastas regiones. Accedió Casteli á ello, pero en términos injuriosos para dicho Ayuntamiento, conminándole con terribles penas si al transcurrir el plazo marcado no se sometía á su partido y sacudía el yugo español.

Al presentar al Virrey para su sanción el referido

(1) Parece que Dios quiso castigar la soberbia de Casteli en esas maldicientes palabras, pues no sólo fué derrotado por Goyeneche, sino que murió en Buenos Aires de un cáncer que le devoró la lengua, olvidado y despreciado de sus parciales.

(2) Es el Desaguadero un río de 76 leguas de curso, que nace en los Andes, corre al N. y desemboca en el lago Umamarca.

pacto, éste se convenció que era inevitable la efusión de sangre y redobló su vigilancia y auxilió al General Goyeneche, para que nada le faltara á su leal Ejército al finalizar la tregua; pues comprendía que con este tiempo de desahogo, Casteli había de terminar sus preparativos y trataría de coger desprevenido á los defensores de España. Con efecto, aprovechando Casteli su autoridad sobre las provincias que ocupaba, se dirigió á Tiagnanaco, donde se conservaban las ruinas de un palacio de los antiguos incas, y sobre ellas, con toda solemnidad, proclamó la independencia del Perú y la guerra sin cuartel á la patria de Pizarro.

Noticioso Goyeneche de estos acontecimientos no daba descanso á sus tropas en sus instrucciones tácticas, con toda suerte de simulacros sobre el frente enemigo, que tenía la siguiente constitución: las fuerzas distribuidas desde Huaqui, ó más comunmente Guaqui, hasta Jesús de Machaca, dispuestas de tal modo que se auxiliasen con facilidad las posiciones entre sí. La Caballería con algunos cañones al mando de Rivero en Machaca. En la quebrada de Caza á mitad de distancia de Machaca á Guaqui un gran atrincheramiento á las órdenes de Viamón y Díaz Vélez, y en Guaqui Casteli y Valcarce con el grueso y el Cuartel general, parques, almacenes y hospitales.

Debiendo terminar la tregua el día 21 de Junio, temeroso el General Goyeneche, de que en ese día pudieran sorprenderle, reunió una junta de los jefes principales y sometió á su deliberación si el plan había de ser ofensivo ó defensivo, inclinándose él á lo primero.

Dichos jefes, en su totalidad, opinaron por lo segundo, fundándose en la inferioridad numérica que tenían con respecto al enemigo y en lo conveniente que era mantenerse á la espera y aprovechar un descuido para atacarle con el grueso por el punto más débil. Atento oía el prudente General aquellas consideraciones, haciendo un gesto de reprobación cada vez que se mencionaba que eran impotentes 8.000 contra 18.000, hasta que perdiendo la paciencia se levantó indignado y les habló de esta manera :

«¿Es posible, señores, que den ustedes este pago á su General, que los ha colmado de honores y distinciones, que se ha desvivido por proporcionarles toda clase de consideración é importancia, y que se ha anticipado á remediar aun aquellas urgencias que procedían del extravío? ¿Quién hay entre ustedes que no haya experimentado los efectos de mi celo? Y ahora que los necesito, ¿hallo amortiguado aquel ardor bélico de que hacían vana ostentación cuando estaban distantes del peligro? Cuando el enemigo nos amenaza con sus abrasadores rayos, veo convertido en tibieza y desconfianza aquel noble espíritu de decisión y arrojo que yo me he esmerado en formar. Tantas promesas de sacrificarse todos por defender la vida de su General, que está identificada con la causa del Rey, ¿se desvanecen tan miserablemente en el momento en que yo apelo con mayor empeño al esfuerzo de sus brazos para dar un día de gloria á las armas de Castilla, ornando sus sienes de preciosos laureles, de que se han hecho indignos con sólo vacilar en lanzarse con ardor á tan gloriosa

lucha? Pero á bien que no necesito de jefes tan poco decididos: corro á confiar el mando de los Cuerpos á los Capitanes más antiguos; yo sabré entusiasmarlos con mi decisión y ejemplo; ellos se harán dignos del rango á que voy á elevarlos; ellos me seguirán arrojando impávidamente la muerte; y cuando vuelvan cargados de trofeos, verán ustedes en cada uno de ellos un testimonio vivo de su falta, que han de llorar amargamente.»

Al efecto mágico de estas excitantes palabras, todos los jefes corrieron á abrazar al noble General, arrobados de ternura y patriotismo y prorrumpiendo en las voces de:

—¡Jamás, mi General; todos sabremos morir al lado de V. E.! y aunque nos llevase á los abismos del Chimborazo, allí sucumbiríamos abrazados á nuestro General al grito de ¡viva España!

Ya nadie vaciló, ni contó el número de una y otra parte, todo era entusiasmo, movimiento é inquietud, esperando el amanecer del día 21 para demostrar con hechos las protestas de aquella memorable noche.

A las doce de ella se disparó un cañonazo en el campamento de Zepita, que era la señal convenida para empezar los movimientos. Cruzó todo el Ejército el puente del Desaguadero, donde dejó el General al Coronel Lombera con 2.000 hombres. Una vez verificado el paso, se formaron dos divisiones, marchando una por la derecha, al mando del Coronel Ramírez, y otra por la izquierda, al del General en Jefe; ésta, siguiendo el camino real que conduce á Guaqui, y aquélla por la ruta que conduce á Jesús de Machaca,

y así siguieron paralelamente hasta que á las doce del día se avistó al enemigo.

Entonces el General, dirigiéndose á uno de sus ayudantes, con el que tenía gran confianza, le dijo en voz baja:

—«Si se pierde esta acción, obscurezco la gloria de mi Patria, expongo estos países á la desolación y exterminio del vencedor; éste se cebará en mi sangre y en la de todos mis amigos y parientes; la España perderá para siempre tan ricos dominios; serán talados sus campos, yacerán insepultos millares de víctimas de la fidelidad y de la constancia, y se sentará sobre sus ruinas el trono de la impiedad y de la devastación. ¡Infeliz Patria! Tu salvación ó tu eterna ruina va á firmarse dentro de pocos instantes: mis fuerzas desfallecen y mi ánimo decae al solo pensar en la posibilidad de que el Dios de los Ejércitos me abandone en estos críticos momentos y permita por sus incomprensibles juicios que desaparezcan de estas regiones la paz y la felicidad» (1).

Haciendo un esfuerzo para que los demás no notasen su agitación, se revistió de una apariencia firme y serena, dando sus disposiciones con la mayor sangre fría.

La posición de Guaqui se presentaba bastante fuerte, pues se hallaba dificultada por un elevado cerro, cubierta por una laguna y encerrada entre montañas de considerable altura. El enemigo rompió un vivo fuego de artillería, mas las columnas avanzaron sin contestar; entonces los insurgentes cargaron

(1) Torrente, *Historia de la revolución hispano-americana*.

con su caballería, la cual fué valientemente resistida y rechazada.

Apercibido Goyeneche de un punto débil de la izquierda enemiga, ordenó al Teniente Coronel D. Pío Tristán, que con su Batallón se arrojase sobre aquella parte y atacase por el flanco, mientras él les divertía por el centro á la cabeza del Regimiento de Cuzco, que mandaba el Coronel Picoaga. Todo se ejecutó con tal acierto y precisión, que al ver al enemigo flaquear por la izquierda, dispersó el General tres compañías sobre el frente y se dirigió con todas las demás fuerzas á la izquierda, uniéndose á Tristán, que ya había logrado desbordar el flanco.

Viéndose los rebeldes insostenibles en su posición tomada de revés, é incapaces para resistir aquellas simultáneas arremetidas, se entregaron á la más desastrosa fuga, dejando sobre el campo de batalla toda la artillería, 280 cajones de municiones, seis botiquines, 250 prisioneros, numerosos acopios de víveres, innumerables fusiles y otras armas, y regado el campo de cadáveres y heridos.

Mientras tanto, por la derecha, el Coronel Ramírez desplegaba dos compañías en guerrilla al divisar al enemigo, rompiendo el fuego sobre algunos caballos avanzados que se vieron obligados á replegarse al grueso de la posición de Machaca. En ella se presentaron los contrarios desplegados en línea, apoyando la derecha en los montes y la izquierda en una gran masa de caballería.

Ramírez desplegó también toda su fuerza, excepto un Batallón que dejó en reserva, y así avanzó denodadamente sin que nadie se le desordenase á

pesar del acelerado fuego de artillería, fusilería y granadas de mano que sobre ellos llovía. Al mismo tiempo asomaron por la izquierda unas compañías en guerrilla enviadas por el General en Jefe para buscar el enlace y protección, las cuales, por orden del Coronel, cargaron á la bayoneta sobre la derecha enemiga.

Después de seis horas de combate los insurgentes cejaron en todas partes y huyeron con tal precipitación y desorden, que dejaron en poder de Ramírez, además de gran número de prisioneros, un obús, una culebrina, cuatro cañones y muchas tiendas y municiones.

Una vez dueño de la posición rehizo sus fuerzas, y cuando ya pensaba dar descanso á sus fatigadas y victoriosas tropas, distinguió la caballería cochabambina que, en número de 2.500, se dirigía al galope hacia el río Desaguadero intentando asaltar el puente defendido por Lombera; mas poniéndose inmediatamente en movimiento Ramírez les cortó la retirada, al mismo tiempo que los del puente les rechazaban su impetuosa carga, encontrándose cogidos entre dos fuegos, lo que produjo una completa dispersión.

Tal fué el resultado de esta gloriosa jornada, que puede decirse fueron dos batallas ganadas simultáneamente en un mismo día por las armas españolas; pero como el grueso principal de las tropas de Casteli estaba en Guaqui, y allí consiguió el triunfo principal el General en Jefe, de ahí conocerse este hecho glorioso con el nombre que lleva.

* Casteli no paró hasta Buenos Aires, y para que

se comprenda la importancia estratégica de esta victoria, además de la moral y política que con ella se consiguió, basta fijarse: en que dueño el Ejército español de la provincia de Chuquisaca (que está sobre la divisoria general de aguas que arrancando del Nevado de Sorata hacia el Este se dirige á Perambuco, ó sea al cabo Blanco), se encontraba en una posición central que le permitía libremente operar por las extensas cuencas de los caudalosos afluentes que corren á tributar sus aguas á los inmensos ríos Plata y Amazonas, y por consiguiente con las comunicaciones expeditas hacia el Virreinato de Buenos Aires, hacia la presidencia de Quito (hoy Ecuador) y hacia la base de operaciones establecida en las risueñas riberas del Rimac, sobre el que se asienta la rica y entonces fidelísima ciudad de Lima.

Difícil sería la descripción del júbilo con que fué recibido en todos los pueblos del Virreinato del Perú victoria tan completa y decisiva; el repique general de campanas, los divinos cánticos del *Te-déum*, las fiestas públicas y el regocijo, todo demostraba la alegría por tan fausto suceso, conquistado con una tercera parte de fuerzas sobre las soberbias de Castelf.

El Virrey, con los mayores transportes de entusiasmo, dió cuenta detallada de este triunfo al Gobierno supremo de la Nación, el cual no fué parco en conceder los galardones de la Patria agradecida. Llegaron las Reales órdenes otorgando el empleo inmediato á todos los jefes, oficiales y clases de tropa que tomaron parte en la batalla; la laureada de San Fer-

nando para los más distinguidos, una medalla conmemorativa, el ascenso á Teniente General para el caudillo, creándole un título de Castilla para él y todos sus descendientes, que fué el de *Conde de Guaquí*, con grandeza de España de primera clase, y por su parte el Virrey regaló á todos las nuevas insignias y al General, además, el sable de su uso.



Batallas de Salta, Vilcapugio y Ayohuma.

DESPUÉS de la desgraciada acción de Tucumán, ocurrida en 25 de Septiembre de 1812, la vanguardia del Ejército de Goyeneche establecióse en Salta, á cubierto del torrentoso río Pasaje.

Mandaba esta vanguardia, compuesta de seis Batallones, 500 caballos y alguna artillería, el Brigadier Tristán; el cual se consideraba con elementos suficientes para recuperar de nuevo el perdido territorio del Tucumán; pues el enemigo se hallaba con su atención ocupada en el estado hostil que le presentaba Montevideo y en la aproximación de tropas portuguesas á esta plaza, las cuales se declaraban aliadas de las españolas.

Debido á la poca reserva con que nuestros jefes hablaban y discutían sus planes, no tardaron los separatistas de Buenos Aires en enterarse de todo, y recelando del estado de cosas en aquella actualidad, pactó la Junta de Buenos Aires con el Gobierno del Brasil un armisticio, á favor del cual lograron desembarazar su apurada situación por el Sur y poder dirigir así todas sus miras y energías hacia el Norte, tomando la ofensiva contra Tristán.

Al efecto, reclutaron nuevas tropas, aumentaron

la dotación de sus Cuerpos y formaron un Ejército, cuyo mando confiaron al General Belgrano.

Abrió éste la campaña, moviéndose hacia el río Pasaje, que encontró completamente desbordado á causa de las grandes lluvias; mas aprovechando los carros de su convoy formó con ellos un puente por donde cruzó todo su Ejército sin impedimento alguno, continuando su marcha sobre Salta, en cuya ciudad permanecían Tristán y sus tropas con el mayor descuido, pues nunca llegaron á sospechar el cambio tan rápido que se había experimentado en los independientes, ni mucho menos que éstos pudieran aproximárseles con tanta facilidad, porque confiaban en lo insuperable de los obstáculos naturales que los separaban.

El 15 de Febrero de 1813 se recibió en Salta la primera noticia de que el enemigo se acercaba, y en su virtud el Brigadier Tristán dispuso algunos reconocimientos, con los que se vino en conocimiento de la certeza de la noticia, y tanto fué así, que el 17 de dicho Febrero se vió al Ejército enemigo acampar á la vista de la ciudad en los potreros de la hacienda del Castañar, distante unos tres cuartos de legua.

En los siguientes días, 18 y 19, hizo Belgrano demostraciones con todas sus fuerzas, provocando á Tristán á un general combate, y el día 20 avanzó decididamente en tres columnas, que luego desplegó en batalla, cubriendo las alas con caballería. El Brigadier Tristán desplegó á su vez en dos líneas, colocando tres Batallones en la primera, apoyados en el cerro de San Bernardo y en sus 500 caballos; otros dos Batallones en segunda línea y otro más á reta-

guardia formaba la tercera, estableciendo la artillería en los intervalos de la primera.

Tomó la iniciativa nuestra caballería, que cargó con decisión á la contraria de la izquierda, la cual volvió grupas; mas pronto se detuvo el ímpetu de nuestros jinetes por las nutridas descargas del Batallón de negros argentinos, rehaciéndose mientras tanto la fugitiva caballería, que cargó con denuedo á la nuestra, á la cual atropelló y dispersó, quedándose con esto descubierto el flanco que protegía. Entonces los dos Batallones de la segunda línea ocuparon la posición que antes tenía nuestra caballería, rompiendo el fuego, que sucesivamente se fué generalizando en todo el frente. Mas como la caballería insurgente en su persecución vino á quedar á retaguardia de estos dos Batallones, fué tal el pánico que de ellos se apoderó, que, abandonando la posición, se entregaron también á la fuga hacia la ciudad.

Continuaban sosteniéndose los otros tres Batallones, auxiliados por el vivo fuego de la artillería, pero pronto cundió en ellos el mal ejemplo, queriendo desmandarse, lo que no lograron gracias al tesón de sus jefes, los cuales, al ver el peligro de ser envueltos, dispusieron una ordenada retirada hacia la ciudad, en la cual Tristán consiguió resistirse con barricadas en las bocacalles, mas por poco tiempo, pues la indisciplina de sus tropas era tal, que se vió en la precisión de aceptar la capitulación que Belgrano le ofreciera.

Nada admisibles son las excusas que de este descalabro quiso presentar en su parte el Brigadier Tris-

tán, pues su indiferencia ante las alarmantes noticias que sobre la aproximación del enemigo recibía, el descuido de no tener bien observado y defendido el río Pasaje, la omisión de no pedir auxilio al Coronel Estévez que se hallaba en Jujuy, á 18 leguas, con el Batallón de Azangro y dos escuadrones de caballería, el no haber dado aviso al Brigadier Picoaga que estaba en Suipacha, el cual le hubiera reforzado con 4.500 infantes, son todas faltas gravísimas en un jefe de vanguardia, que con su negligencia comprometía la suerte de todo un Ejército que fiaba en él su seguridad.

Por otra parte, ¿qué autoridad tenía él para aceptar ninguna capitulación, prerrogativa reservada tan sólo á los Generales en Jefe y Gobernadores de plaza? Ni mucho menos. ¿Cómo comprendía en ella fuerzas que no dependían de su mando, como eran la guarnición de Jujuy y la Brigada Picoaga?

Manchas son estas que la sana crítica no puede borrar, y hechos desgraciados que la verdad histórica no puede omitir ni disimular. Orlen en buen hora los argentinos y peruanos su historia con los laureles de esta victoria y déjese orlar la nuestra con los de las que vamos en seguida á relatar, si quiera sea por vía de compensación.

Airado el Virrey con la infausta nueva de esta derrota, no pudo por menos de dirigir una destemplada comunicación al General Goyeneche, en la que él censuraba agriamente por no haber dado suficientes instrucciones al jefe de la vanguardia de su Ejército, dejándole en una improcedente libertad de acción y no procurando sostener con él el debido enlace,

haciéndole responsable de aquel descalabro. Resentido con esto el pundonor del digno General Goyeneche, contestó al Virrey enviándole la dimisión, la cual le fué inmediatamente áceptada, con el descontento de todos sus subordinados, que amaban con delirio al vencedor de Guaqui.

Nombró el Virrey para sucederle al Brigadier Subinspector de Artillería del departamento de Lima D. Joaquín de la Pezuela, quien á los cinco días emprendió la marcha para su destino, embarcándose en el Callao con 300 hombres del Regimiento Real de Lima; incorporándose al Cuartel general en Oruro el día 31 de Julio de 1813.

Inmediatamente el Brigadier Pezuela dispuso un reconocimiento personal del terreno y del enemigo, haciendo en la organización las reformas que creyó pertinentes, y cuando todo lo tuvo dispuesto trasladó su Ejército á los campos de Vilcapugio, donde permaneció hasta el 13 de Septiembre, que marchó á Condocondo.

El total de sus fuerzas ascendía á 4.600 hombres y las del enemigo á 6.000, y con ellas estuvo en espera de noticias hasta el día 27, en que se presentó un indio muy leal asegurándole que Belgrano trataba de atacarle precisamente en Condocondo, y en vista de esto, concibió el plan de una sorpresa en la madrugada del siguiente día.

La situación del Ejército realista era ciertamente comprometida, pues se encontraba rodeado de provincias hostiles, con un enemigo victorioso y superior en fuerzas á cinco leguas, y con escasez de recursos para la retirada; en suma, que se veía obligado á

reñir batalla y de ella dependía la suerte de todo el Perú.

El día 30 de Septiembre púsose el Ejército en movimiento al medio día, desfilando en columna de honor ante el General en Jefe, con repetidos y entusiastas vivas al Rey y á España. Pronto se divisó al enemigo ocupado en evoluciones militares, y al obscurecer se acampó, sin ser apercibido y con las mayores precauciones, en una altura dominante del llano de Vilcapugio.

A eso de las dos de la mañana descubrió el enemigo al Ejército Real é incendió los ranchos y barracas, y oculto por el humo, se corrió hacia su izquierda, apoyando sus flancos en los cerros y pantanos inmediatos. Entonces el Brigadier Pezuela descendió al llano formando en batalla á la vista de los contrarios en el orden siguiente: el Batallón de cazadores, que mandaba el Teniente Coronel Olañeta, á la extrema derecha, y á su izquierda un escuadrón de caballería, el primer Regimiento de Cuzco, de dos Batallones, el segundo, también de dos, el Batallón del Centro; en la extrema izquierda el de Partidarios, y á retaguardia, el provisional, la artillería y el resto de la caballería. Además, al Teniente Coronel Castro, que se hallaba destacado en Ancacato con un escuadrón y dos compañías de Infantería, se le previno para que al amanecer de dicho día 1.º de Octubre concurriese con estas fuerzas á Vilcapugio.

Verificado el despliegue por el Ejército español, el General mandó avanzar toda la línea, marcha que resultaba fatigosa por las sinuosidades del terreno que hubo que recorrer durante media legua hasta

entrar en la zona batida por la artillería enemiga, que era de mayor alcance que la nuestra. Siguióse avanzando, sin embargo, bajo sus fuegos hasta quedar á tiro de fusil, en cuyo momento los Cuerpos de Pezuela resultaron escalonados en esta forma: el Batallón del Centro más adelantado, poco más á retaguardia el de Partidarios, luego el segundo Regimiento de Cuzco, y así sucesivamente de izquierda á derecha. El Ejército de Belgrano se adelantó á su vez rompiendo el fuego de fusilería, y así marcharon uno contra otro hasta chocar. Los Batallones del Centro y Partidarios fueron los primeros en recibir la embestida del enemigo con la pérdida del Coronel La Hera, tres Capitanes y treinta y tres soldados, produciéndose en ellos algún desorden, precursor de una dispersión que supieron contener á tiempo los jefes y oficiales, á la vez que el Brigadier Picoaga y el Teniente Coronel Olañeta con sus Cuerpos chocaron tan bravamente y con tanta oportunidad, que arrollaron la izquierda enemiga y la persiguieron sin descanso. En este mismo instante apareció por retaguardia del flanco derecho de Belgrano el Teniente Coronel Castro con su destacamento, y entró en combate cargando con tesón, lo que hizo completar la derrota de los independientes, coronándose así de gloria el Ejército español.

Las pérdidas de aquéllos consistieron en 600 muertos, 1.000 heridos, bastantes prisioneros, entre ellos 33 oficiales, toda la artillería, y las nuestras fueron 153 muertos, 257 heridos y 61 dispersos.

Conseguida esta memorable victoria, dispuso el Brigadier Pezuela pasar la noche sobre el campo de batalla y regresar al siguiente día á Condocondo,

dejando al Batallón del centro en Vilcapugio y destacando á las tropas ligeras en dirección de Potosí para perseguir con actividad á Díaz Vélez.

Hay que tributarle el honor al General enemigo Belgrano, que en nada se amilanó con esta derrota, sino que, levantando el decaído espíritu de sus tropas, supo volverlas á reunir y reorganizar en Chayanta, alcanzando á los pocos días el número de 4.400 de los mismos dispersos.

Este distinguido triunfo fué recompensado por el Virrey en nombre de las Cortes y del cautivo Rey, con el ascenso á Mariscales de Campo de los Brigadieres Pezuela y Ramírez, á más de varias gracias concedidas con entera justicia.

No se dejó deslumbrar por esta primera victoria el incansable, entendido y bizarro General Pezuela, sino que comprendiendo que los derrotados rebeldes podían muy fácilmente adquirir recursos y aumento de fuerzas en aquellas provincias que se habían pronunciado á su favor, se preparó para dar otro golpe á Belgrano, que se hallaba concentrado en Macha.

Escaso en víveres y vestuario, sin más bagajes que asnos y llamas, y en la estación de las aguas, se puso en movimiento el 14 de Noviembre, descendiendo por la Cuesta Blanca y formando en columnas al pie de ella, para pasar el río que á su frente tenían. Al llegar á la otra orilla, dispuso Pezuela el mismo orden de formación en batalla que en Vilcapugio, separando de cada Batallón los 30 mejores tiradores, constituyendo con ellos un Cuerpo de guerrillas que confió al mando del Teniente Coronel Valle.

El Ejército enemigo, desplegado también en ba-

talla en el llano de Ayohuma, cubrió su izquierda por la caballería y la derecha con una loma; en cuya disposición resistió con firmeza el fuego avanzando que le hacía nuestra artillería; hasta que, cansado de aquella inacción, avanzó también haciendo fuego de cañón y fusil. Entonces las guerrillas de Valle y el Batallón de Partidarios acometieron por el flanco y retaguardia la derecha contraria, que pronto abandonó su posición, quedando vacilante toda la línea. Arroja Belgrano entonces su caballería contra nuestra derecha, pero los infantes se mantienen serenos y firmes consiguiendo repeler aquella impetuosa carga, á la vez que toda nuestra línea ataca simultáneamente, deshaciendo la contraria, que persigue por espacio de cinco leguas.

Así terminó la brillante jornada de Ayohuma, que costó al Ejército español dos oficiales y 40 soldados muertos y 88 heridos, y al separatista 70 oficiales y 800 soldados prisioneros, 400 muertos, 8 piezas de artillería, 1.500 fusiles, provisiones, equipajes y papeles.

El Virrey, Marqués de la Concordia, al dar cuenta al Gobierno de la Metrópoli de esta gloriosa batalla, decía: «Los límites de este papel no me permiten hacer más dilatada relación de esta campaña memorable; pero, por lo mismo, no puedo excusarme de hablar, aunque con rapidez, de los premios y gracias que fué preciso dispensar á los beneméritos jefes, oficiales y soldados que tuvieron parte en ella, según las recomendaciones del General, y aun él mismo, por su conducta militar y por la entidad del servicio que acababa de prestar, sujetando una extensión de país

considerable que facilitaba los medios de subsistir al Ejército Real y privaba de ellos al enemigo, fué propuesto como acreedor para ser recompensado con la Orden de San Fernando que designa el art. 8.º del decreto de su creación para los jefes, por estar íntimamente convencido, según ya tengo expuesto en otros lugares, de que tanto alienta el premio oportunamente dado, como amortigua el olvido ó la menor retardación en distribuirlo.»



Batalla de Viluma.

CUANDO en 1815 llegó á la isla Margarita el Ejército expedicionario de Morillo, del cual nos ocupamos en otro lugar, fondeada aun la escuadra en el puerto de Pompatar, se recibió orden de la Península para que la 4.^a División, mandada por el Brigadier D. Juan Manuel Pereira, marchara á Lima por el istmo de Panamá, para auxiliar las operaciones del Virreinato del Perú.

Dicha División se componía del Regimiento de Extremadura (en el que servía como Teniente el después célebre D. Baldomero Espartero), del 4.^o escuadrón de húsares de Fernando VII, del 4.^o de dragones de la Unión, de una compañía de zapadores y de otra de Artillería.

Llegados estos Cuerpos á Lima, fueron recibidos con las mayores muestras de agasajo por parte de los leales, pues era la primera fuerza europea que en aquellas regiones se veía y de la que se esperaba grandes resultados. Mas la desgracia que parecía acompañaba á aquella expedición por todas partes, hizo que, so pretexto de reclamar los atrasos que se debían á la tropa, ésta se insurreccionase primero en

el Regimiento de Extremadura y luego en los otros Cuerpos, excepto en la compañía de zapadores; sedición que fué sofocada casi en el acto por los denodados jefes y oficiales, en términos que, cuando el Virrey se personó en los cuarteles, ésta se podía dar ya por terminada.

Castigada convenientemente esta rebelión y restablecida la disciplina, el Virrey se dedicó sin levantar mano á emprender de nuevo con actividad las operaciones, organizando con todas las fuerzas del país un Ejército á las órdenes del General D. Joaquín de la Pezuela; no destinándole las recién llegadas de la Península por razones de prudencia que son bien fáciles de comprender, dejándolas de guarnición en Lima y Callao.

El dicho General Pezuela, á principios de Octubre de 1815, habia obtenido un triunfo sobre los insurgentes en Venta y Media, y permanecía en Sorasora observando al enemigo que se hallaba en el partido de Chayanta, sin poder operar, no sólo por falta de refuerzos, sino por estar en el pleno período de las grandes lluvias.

El Ejército contrario, superior en fuerzas, al mando de Rondeau, llamaba la atención por el frente, mientras que las partidas sueltas trataban de cortar las líneas de comunicaciones con Lima, no cesando de recibir incremento; pues libres ya los rebeldes del Río de la Plata, de la esperada y temida expedición de Morillo, que, como sabemos, cambió de rumbo para dirigirse á Venezuela y Nueva Granada, podían con entero desahogo enviar todas sus energías hacia el Alto Perú, donde se jugaba la

suerte de los Virreinos de Perú y Buenos Aires y Presidencia de Chile (1).

El 24 de Noviembre, organizado el Ejército Real, emprendió su movimiento de avance hacia las llanuras de Sipesipe, á donde el republicano se replegaba, impulsado por continuos combates en que resultaba siempre rechazado, y al llegar á los altos de Viluma detuvo su marcha el General Pezuela y preparó sus tropas en posiciones dominantes.

Al amanecer del día 28 fueron divisados dos Cuerpos enemigos á mitad de ladera de las referidas lomas, y el General dispuso que todas las tropas ligeras atravesaran una profunda cortadura que existía á la izquierda y cayeran de improviso sobre la derecha contraria, mientras él, con la artillería, ocupaba la meseta en que aquéllas habían estado, consiguiendo con este movimiento combinado hacer desalojar á aquellos Cuerpos la posición que habían elegido y poder verificar reconocimientos en distintos puntos, con lo que se vino á conocer que los contrarios emprendían de nuevo su retirada y concentración á los campos de Sipesipe, y que, en su consecuencia, el plan más pertinente era el de atacarles su derecha en línea oblicua.

Amaneció el día 29 y, con efecto, el Ejército Real desplegó en batalla sobre la derecha insurgente, y sospechando éstos la intención, abandonaron las al-

(1) También era esperada en Buenos Aires la llegada de los Regimientos de Órdenes Militares y Navarra, los cuales desde Aguadilla (Puerto Rico) marcharon, el primero á Méjico y el segundo á Venezuela, por orden del Gobierno de la Península.

turas, y por una marcha de flanco bajaron al llano, apoyando su izquierda donde antes habían tenido la derecha, destacando partidas sueltas y caballería contra el centro de los españoles, los cuales los recibieron con nutridas descargas al grito de ¡viva el Rey! Entonces los nuestros emprendieron un avance general haciendo fuego sobre la marcha la infantería desplegada en batalla, sostenida por la artillería, que no cesaba de avanzar á su vez de altura en altura.

Por fin, los enemigos se detuvieron y recibieron á los nuestros con fuego vivo y nutrido de fusil y de cañón; mas tal era el entusiasmo de los Batallones de Pezuela, enardecidos con los triunfos obtenidos los días anteriores, que se estableció entre ellos tal noble emulación en el momento del choque, que resultó éste simultáneo é impetuoso al cargar á la bayoneta, dando por resultado el que los enemigos cejaran en todos los puntos de su línea simultáneamente, desordenaran su formación y se entregaran á la huída, perseguidos de cerca por espacio de dos leguas.

La caballería contraria procuró sostener á su infantería, cargando por los flancos, pero fué energicamente rechazada y arrollada.

Tal fué la victoria del General Pezuela, ilustrada con los siguientes trofeos: 500 enemigos tendidos en el campo, incluso 53 jefes y oficiales, 800 prisioneros, tres banderas, cuatro cañones largos, cuatro cortos, dos de montaña, un obús y 1.500 fusiles, sólo con la pérdida de 32 muertos y 198 heridos; victoria que le valió al vencedor el ascenso á Teniente General y el título de Marqués de Viluma.

Considerando esta batalla desde el punto de vista estratégico merece un juicio favorable para los críticos, pues el General Pezuela con sus marchas y movimientos continuados supo sacar todo el partido posible en aquellos terrenos escabrosos para siempre oponerle al enemigo las grandes masas contra sus pequeñas fracciones, obligándole á parar en el punto que más decisivo parecía, para proponerle la batalla final. Pero ponderada ésta desde el punto de vista táctico, resulta altamente censurable: pues la formación adoptada por el Ejército español, fuera del alcance eficaz de las armas contrarias, no parecía la más conveniente, por lo expuesta á un movimiento envolvente y por la fatiga innecesaria que supone el avanzar haciendo fuego, sabiendo que con aquellas cortas trayectorias ningún resultado había de tener en las filas enemigas: mas esto puede tener disculpa en la manera de combatir de la época y en el enardecimiento que siempre produce en el soldado el estruendo de las descargas, con el cual embistieron tan intrépidamente. Si Rondeau hubiera comprendido este error, hubiera dirigido contra aquella desordenada línea una ó dos columnas y de seguro que el resultado de la batalla no hubiera sido tan satisfactorio.

Y para concluir, copiaré un párrafo de las *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, del ilustrado General Camba:

«Después de la señalada victoria de Viluma y sus transcendentales consecuencias y con la confianza que aumentaban las tropas peninsulares en Lima, la situación del Perú al acabar el año 1815, era eviden-

temente muy distinta de como se había presentado al principio. El Perú gozaba de los beneficios de la paz, y su Ejército de operaciones victorioso ocupaba las provincias del Virreinato de Buenos Aires desde la izquierda del Desaguadero hasta Potosí y amenazaba, se puede decir, otras con esperanza de invadirlas ventajosamente, una vez que fuese convenientemente auxiliado. Calcúlese ahora la oportunidad con que habría arribado á las playas de la Plata una expedición de la Península. Y calcúlese, en fin, las naturales consecuencias que hubiera ofrecido la del General Morillo, si para desgracia de la España no se hubiese cambiado su destino, llevándola á perecer en un clima mortífero en vez de haber asegurado la posesión del dominio español en toda la inmensa extensión de la América Meridional.»



Chacabuco, Cancharrayada y Maipú.

PROCLAMADA solemnemente la independencia de Buenos Aires en el Congreso de Tucumán á fines del año 1816, el reino de Chile se conmovió por las noticias que á él llegaban, de que el General argentino San Martín preparaba una invasión á aquel territorio con el fin de libertarlo también del dominio de España; cuyas noticias se vieron confirmadas bien pronto.

Gobernaba dicho reino con el título de Capitán General y Presidente el Mariscal de Campo D. Francisco Marcos del Pont, el que procuraba tranquilizar los ánimos haciendo ver que le sobraban fuerzas para rechazar á San Martín, y al recibir de éste el acta de la independencia, intimidándole para abandonar el país con todas las autoridades, irritado por tal altivez mandó quemar dichos documentos en la plaza Mayor de Santiago, por mano del verdugo.

Con efecto, el General San Martín, organizó en Mendoza, ciudad argentina de la vertiente oriental de los Andes, un Ejército compuesto de 4.200 hombres de tropa de línea, 12 piezas de artillería y 1.200 milicianos, con los que atravesó la cordillera por Santa Rosa, desembocando por el camino de los Patos para rehacerse en Putaendo.

Al llegar estos avisos á Santiago, creció la confusión y la alarma, encontrándose el General Marcó desprevenido, pues nunca esperó ver convertidas en hechos las amenazas de San Martín y precipitadamente dió sus órdenes para reunir todas las tropas que llegaron á 7.000 hombres, confiando el mando de ellas al Brigadier D. Rafael Maroto (1) quien no obstante su presteza para ponerse al frente de ellos, no pudo llegar con la debida oportunidad para reconocer al enemigo, las posiciones que le convenía tomar y el plan consiguiente en las operaciones de resistencia.

Llegó el 12 de Febrero de 1817 el dicho General á la vanguardia, siendo su primera disposición la de situar 200 hombres en lo más alto de la cuesta de Chacabuco, con orden de no abandonar aquella posición sin haber perdido antes, por lo menos, la mitad de la gente, yéndose en seguida á dar colocación y empleo á las demás fuerzas. Mas de pronto vió que dicha avanzada bajaba en el mayor desorden sin haber podido resistir, ni el primer encuentro con el enemigo. Entonces Maroto formó con las tropas que más cerca tenía una extensa línea desplegada y respondió con nutridas descargas al empuje de las columnas de San Martín, trabándose una lucha sangrienta, en la que se distinguieron los Comandantes Elorriaga y Marquelí, sucumbiendo con heroísmo; disputándose palmo á palmo el terreno al batirse en retirada, cediendo por fin la victoria al Ejército liber-

(1) El mismo del convenio de Vergara.

tador, retirándose Maroto á Valparaíso con sólo 500 hombres.

Tal fué el pánico que se apoderó de gran número de familias, que se precipitaron á todos los barcos surtos en los puertos de la costa, para huir al Perú. El Ejército de San Martín siguió en su marcha triunfal cargado de trofeos hasta Santiago, Concepción y Valparaíso, cogiendo prisioneros al General Marcó del Pont y á todas las autoridades.

Muy de admirar es el mérito del caudillo insurgente por la entendida ejecución de sus maniobras, empero es de advertir que si no hubiera sido por la imprevisión del General Marcó del Pont, no hubiera sido con una sola batalla con lo que su enemigo consiguiera la independencia de aquel hermoso país.

Al año siguiente de 1818, deseoso el Virrey del Perú de recuperar el ya perdido reino de Chile, envió en el mes de Febrero una expedición al mando del Brigadier D. Mariano Osorio, compuesta en su mayoría de Cuerpos recién llegados de la Península, la cual zarpó del Callao en Enero del referido año y llegó felizmente á Talcahuano, punto fortificado y defendido por el Brigadier Ordóñez, que como más moderno, quedó á sus órdenes con toda la guarnición; sumando en total unos 5.000 hombres de todas armas.

En Febrero atravesaron estas tropas el río Maule con dirección á Talca, teniendo un encuentro con las enemigas en Quechereguas, á las cuales puso en dispersión, continuando su avance hacia Tablas donde se hallaba el resto del Ejército independiente.

Engreído el Brigadier Osorio con este primer triunfo, no vaciló en atravesar el Maule y marchar

sobre Santiago, imprudencia que pudo costarle cara, pues San Martín por medio de una hábil maniobra consiguió apoderarse de los vados de dicho río, cuando ya quedaba cinco leguas á retaguardia, resultando cortada la línea de retirada y en una situación muy comprometida; agravada por la poca armonía que entre los principales jefes había; pues cada uno era partidario de un proyecto distinto en el plan de la campaña que empezaba á abrirse con tan malos auspicios.

Reunidos estos jefes en junta, por fin se pusieron de acuerdo sobre el partido que más convenía en tan críticos momentos y se resolvió que en aquella misma noche, antes que amaneciera, se diera un golpe por sorpresa al campamento enemigo y así abrirse paso saliendo de aquel apuro. Las tropas se dividieron en tres columnas: la de la derecha al mando del Coronel Primo de Rivera, la del centro al del Brigadier Ordóñez, y la de la izquierda al del Teniente Coronel D. Bernardo de la Torre, formando todas ellas con el mayor silencio, pues se impuso pena de la vida al que hiciera el menor ruido ó fumara, y así se avanzó hacia el campamento de Cancharrayada, donde se encontraba San Martín con triple número de fuerzas. Cuando ya habían andado como un cuarto de legua la columna de la izquierda, tropezó con una avanzada de caballería enemiga, que al recibir aquel inesperado ataque se disolvió completamente. Entonces, desde el campamento se rompió un vivo fuego de artillería y fusilería hacia aquella parte; mas como en aquel momento cargaron simultáneamente las columnas del centro y de la de-

recha, quedaron los insurrectos desconcertados y se entregaron á la más espantosa dispersión; excepto una brigada mandada por el Coronel Heras que se retiró con orden.

Dice en sus Memorias el General inglés Miller, Capitán entonces al servicio de los independientes de la América Austral, á propósito de esta sorpresa: «El General San Martín se proponía atacar en la mañana del 20: la situación del Ejército realista se había hecho muy crítica; puesto que el discreto y acertado movimiento del General San Martín en el día anterior dejaba poca esperanza á los realistas, para arriesgarse á dar batalla, mientras que la retirada hacia el difícil vado del Maule, distante aún cinco leguas, á la vista de un Ejército superior, exponía al suyo á una total ruina. En consecuencia de la resolución de los españoles, dos ó tres Regimientos de éstos cayeron repentinamente en columna, favorecidos por la obscuridad de la noche sobre los patriotas; en el momento mismo que de la izquierda á la derecha de la línea pasaban algunos Batallones y la artillería de Buenos Aires. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierta fueron dispersados ó hechos prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin dirección, y en seguida se apoderó de ella un pánico terror; habiendo sido herido en aquel momento el General O'Higgins; todos huyeron en una confusión espantosa, excepto el ala derecha. Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Así, pues, el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente.»

Conseguido este no esperado é importante triunfo, lejos de proseguir sin descanso la persecución del enemigo, dispuso el Brigadier Osorio continuar en la inacción, á pesar de las protestas de los demás jefes que opinaban todo lo contrario, pues preveían los fatales resultados de una reacción de los vencidos, como así aconteció, según pasaremos á relatar.

En vez de continuar en la dicha persecución dirigiéndose á Santiago, las tropas españolas retrocedieron en la noche del 19 de Marzo, regresando á Talca. Aprovechando los independientes este respiro, para reunirse de nuevo y reorganizarse hasta alcanzar la fuerza de 6.000 hombres, se pusieron éstos en movimiento en busca de los españoles, con los que se avistaron el 5 de Abril en los campos de Maipú.

A las once de la mañana de dicho día desplegaron los realistas paralelamente á los republicanos, rompiéndose acto seguido un vivo fuego por ambas partes. Dos Batallones de San Martín atacaron la derecha española, siendo enérgicamente rechazados con bastantes pérdidas; al mismo tiempo que al avanzar en columna dos Batallones de los nuestros fueron batidos por la reserva enemiga, que, sostenida por los dos que habían sido rechazados en la derecha, se colocó entre la línea española y su reserva, situada á retaguardia del centro, á la vez que la caballería insurgente se dirigía contra nuestra izquierda, lo que produjo tal desconcierto y confusión que, á la hora de haber empezado el combate, abandonaban los españoles cuantas posiciones tenían ocupadas.

El Brigadier Ordóñez pudo reunir alguna gente y con ella resistió á la desesperada, mas sin fruto

alguno; y el Comandante General, Brigadier Osorio, con unos 100 hombres que se le reunieron, emprendió la retirada á Talcahuano por caminos desusados.

Esta desastrosa acción costó á España la muerte de 2.000 hombres y 3.500 entre heridos y prisioneros; todo por la impericia y parsimonia del irresoluto Brigadier Osorio. Como juicio de este desgraciado hecho de armas, concluiré copiando lo que dice á este propósito en sus *Memorias* el General Camba:

«Muy cierto es que el Ejército realista vencedor, en Cancharrayada en la noche del 19 de Marzo, quedó totalmente desecho el 5 del siguiente Abril en el Maipú, y que Osorio, á favor de la noche de este día, se salvó extraviando caminos y cambiando de nombre; y á favor de las mismas circunstancias y por medio de violentas marchas, algunos oficiales y soldados consiguieron también ganar la fiel provincia de Concepción, sin que los alcanzaran las partidas enemigas que persiguieron y acuchillaron inhumanamente á nuestros dispersos hasta la derecha del Maule. El entonces Comandante del Batallón de Arequipa, D. José Ramón Rodil, fué del número de los que se salvaron.»

«Si los azares en la guerra dependen á veces de incidentes á que no siempre alcanza la previsión humana, también es cierto que cuando las operaciones militares se calculan con detenimiento para ejecutarlas con puntualidad é inteligencia, si no se logra evitarlas, puede conseguirse al menos que sean menos terribles sus consecuencias. Si Osorio no cruza el Maule y se mantiene en la provincia de Concepción aumentando sus tropas y mejorando su organi-

zación, puesto que no ignoraba que una expedición peninsular con destino á Chile estaba en la mar, convoyada por una fragata de guerra (1), reunidas esas fuerzas, la reconquista de Chile era casi de seguro éxito. Aun en el imprudente caso de pasar el Maule, y después de la fortuna de Cancharrayada, debió Osorio marchar rápidamente sobre Santiago, ó sobre cualquiera otro punto del reino á donde se dirigieran los vencidos, para no darles lugar á la reunión y á disponer los aprestos, que causaron algunos días después el anonadamiento de su victorioso Ejército. Igualmente hubiera podido ser de suma utilidad que al paso que las fuerzas realistas avanzaban hacia Santiago, los buques que las habían transportado á Talcahuano fuesen costeano el reino, á fin de poder servir de más inmediato auxilio en caso de desgracia y evitar en lo posible el que nuestros dispersos fuesen muertos y prisioneros impunemente en la porción de leguas que separan el Maipú de la provincia de Concepción con considerables ríos al paso.»

Con esto concluyó para siempre el dominio español en el precioso reino de Chile.

(1) Esta expedición la componían el Regimiento de Cantabria, un escuadrón de dragones y una batería de artillería; en total, 3.000 hombres, conducidos en transportes y escoltados por la fragata *María Isabel*, de 50 cañones, cuyos barcos fueron apresados por la escuadra chilena, cayendo todos prisioneros.



Torata y Moquehua.

TOCABA á su término el año 1822 y las armas españolas habían obtenido sobre las separatistas el importante triunfo de Ica; mas con esto, los ánimos de los leales no quedaban aún satisfechos ni tranquilos. Graves eran, por otra parte, los sucesos que se presentaban y fatales las consecuencias que se esperaban: la pérdida de las fragatas *Prueba* y *Venganza* y corbeta *Alejandro*; la derrota de las tropas de Quito en la batalla de Pichincha, que abría las puertas del Perú á los colombianos, y los movimientos de aproximación de los Ejércitos enemigos vencedores en Chile, Buenos Aires y Colombia, eran concausas bastantes para presumir el aniquilamiento del poder de España en el antiguo Imperio de los Incas.

Mandaba el Ejército libertador del Sur el General Alvarado, que el 16 de Enero de 1823 marchaba sobre la Rinconada con objeto de impedir la reunión de las Divisiones españolas, mandadas por los Brigadieres Valdés y Ameller, y el primero se mantenía en espera del segundo en Moquehua, sobre el camino de Torata, dispuesto á disputar el terreno palmo á palmo.

Al medio día del 17 se dirigió Alvarado á Mo-

quehua, en cuyas cercanías había apostados 20 caballos españoles, con orden de retirarse tan luego avistaran al enemigo, como así lo hicieron, cargando sobre ellos un escuadrón que los persiguió hasta la entrada del pueblo, tomando el Ejército contrario posición en el campo de Portillo y avanzando sus guerrillas hasta las primeras casas, que se hallaban ocupadas por un Batallón y un escuadrón de Valdés. Este, con el resto de sus fuerzas, permanecía por el lado opuesto de Moquehua, apoyado en las casas por dos compañías del Regimiento de Gerona y otro escuadrón, y al anochecer emprendió su retirada á Torata, cubriendo el camino de Puno, por donde esperaba la venida del General en Jefe Canterac con algunos refuerzos y á la Brigada Ameller.

Al amanecer del día 19 movió Alvarado todas sus tropas hacia Torata y á las nueve se rompió un fuego vivísimo por ambas partes, empezando á notarse vacilación en la línea insurgente, disponiéndose Valdés á decidir la victoria con un ataque general. Mas de improviso empezaron á oirse rumores de que el enemigo se hallaba á retaguardia ocupando los altos de Valdivia. Enviado el jefe de Estado Mayor Coronel Camba con tres compañías de Gerona á verificar un reconocimiento, regresó participando que era infundada la alarma y que dichos altos se encontraban completamente libres.

Desvanecido este temor, Valdés, que ya había empezado á retirarse, acometió de nuevo, luchándose con bravura en toda la línea, y en este momento, que serían las tres de la tarde, se presentó en el

campo el General Canterac, quien impuesto brevemente del estado de la batalla, tomó acto seguido el mando, siguiendo en un todo el plan que se proponía el Brigadier Valdés.

Ocupaba la izquierda el Batallón del centro, mandado por el Coronel D. Baldomero Espartero, á éste seguía un escuadrón de Cazadores, el Regimiento de Gerona, menos tres compañías que formaban la derecha, y el resto de la caballería constituía la reserva, situada á retaguardia. El Ejército contrario tenía á su derecha la Legión Peruana, delante del pueblo de Torata, en el centro, y sobre una altura, los dos Batallones del Río de la Plata, á la izquierda los Batallones núms. 4 y 11, y en retaguardia los núms. 5 y 8 y la caballería.

Los separatistas hicieron un nuevo esfuerzo, atacando con los Batallones 4 y 11 la altura de nuestra derecha ocupadas por las tres compañías de Gerona, que bien pronto fueron reforzadas por otras tres del mismo Regimiento, contraatacando los seis bajo la dirección del Brigadier Ameller, que al grito de ¡viva España! sembraban de cadáveres y heridos el campo.

Aprovechando esta oportunidad, dispusieron Canterac y Valdés una embestida general con toda la infantería y caballería, resultando que al atacar Ameller, no sólo impedía la reacción de los Batallones 4 y 11, sino que arrollaba al núm. 5 que servía de reserva; mientras que Valdés con el resto de Gerona deshacía á los Batallones del Río de la Plata, y Espartero con su Batallón del centro, cargaba á la bayoneta á la Legión Peruana. Este Coronel, antes

que pudiera reunírsele todo su Cuerpo, se lanza á la cabeza de 200 hombres que á su intermediación tenía; á su ejemplo nadie titubea, todos cargan con impetuosidad y la soberbia Legión Peruana queda desbaratada completamente. Su jefe trata de volverla á reunir, pero se ve sorprendido por Espartero, que manando sangre por dos heridas, le reta á singular combate y le atraviesa con su espada.

El triunfo fué completo en toda la línea; jefes, oficiales, soldados, todos, llenos de emulación y entusiasmo, trataban de distinguirse; hasta el Capellán Mayor, Fr. Alvino Odena, religioso franciscano, se señaló por su apostólico celo, asistiendo espiritual y corporalmente á los heridos y moribundos, bajo el fuego enemigo, sin distinción de leales y rebeldes; tierno espectáculo que conmovió á muchos de aquellos rudos guerreros.

Las bajas de los independientes fueron 300 muertos y 400 heridos, entre ellos 27 oficiales, y las de los realistas 250 entre unos y otros.

Esta inmarcesible victoria de las armas españolas fué obtenida por sólo tres batallones y tres escuadrones contra todo el Ejército libertador del Sur, que ascendía á 5.000 hombres; la cual le valió al Brigadier Valdés el ascenso á Mariscal de Campo, y más tarde el título de Vizconde de Torata; así como el ascenso del Coronel Espartero, Brigadier Ameller y otros varios jefes y oficiales.

No se da con esto por vencido el fiero General Alvarado: llega á Samehua, recoge los dispersos y hace un llamamiento á todos los pueblos inmediatos, de los cuales acuden presurosos gran número de reclu-

tas á engrosar sus filas, con ansia de vengar en otra batalla la terrible batida de Torata. Sabedor de estas intenciones, se preparan á su vez Canterac y Valdés, recibiendo el refuerzo que les trajo el Brigadier Monet (1) con el primer Batallón del Regimiento de Burgos y el segundo del de Cantabria.

El día 21 de Enero, á las tres de la mañana, marcha Valdés con sus tropas á Jacango, y á las ocho avista á los contrarios en Samehua, apoyando su izquierda en las casas de Moquehua y extendiendo su frente á lo largo de un barranco de bastante anchura. A eso de las diez hacen alto los españoles y acto seguido se procede á un reconocimiento. El Brigadier Valdés cruza el barranco por la izquierda para atacar la derecha enemiga, mientras que el General Canterac, con el resto de la fuerza, se dirige al centro. Alvarado envía dos batallones para proteger su derecha; mas en vano, porque el bravo Espartero, al frente de su Batallón, y con el brazo vendado, los arrolla completamente, y Monet por el centro con sus dos Batallones de Burgos y Cantabria, logra atravesar el barranco y carga con denuedo á la bayoneta, bajo una lluvia de plomo y metralla, haciendo ceder á cuantos cuerpos se le pusieron delante, y de este modo el famoso Ejército libertador del Sur queda destruido por completo. Aquel Ejército de quien decía Alvarado que se componía de *guerreros agobiados por el peso de sus laureles* y que á la una del día dejaba en poder de los españoles tres cañones, armas de todas clases, ban-

(1) Hermano de la abuela paterna del que narra.

deras, municiones, 1.000 prisioneros y el campo cubierto de muertos, heridos y despojos.

En su parte al Virrey, decía el General Canterac entre otras cosas: «He hecho mención de los señores Generales de División, de los jefes de los Cuerpos, oficiales de Estado Mayor y Ayudantes de Campo, y sería hacer un agravio el particularizar á ninguno; pues, Excmo. Sr., en todos los individuos del Ejército de operaciones brilló el más invicto valor; todos se distinguieron de un modo tan heroico, que su fama pasará á la posteridad.»

Efectivamente, puede ser que hoy no haya en España quien se acuerde para nada de las gloriosas jornadas de Torata y Moquehua como los historiadores militares no las saquen del olvido en que se encuentran.



Conducta del General Olañeta y el desastre de Junín.

TÓCANOS hoy ocuparnos de los tristes sucesos des-
arrollados en el Perú durante el año 1824, en el
que todo ya presagia que ha de sobrevenir el eclipse
del brillo de las armas españolas en aquella hermosa
y rica región, teatro de tantas proezas y heroísmos
desde Pizarro hasta Laserna.

A causa de la proclamación del nuevo Código
Constitucional, los ánimos de los españoles se divi-
dieron, allí lo mismo que en la Península; declarán-
dose unos sumisos al nuevo orden de cosas, y otros
partidarios acérrimos del absolutismo del Rey; ori-
ginando esto antagonismos odiosos, división com-
pleta en las ideas, trastornos sin cuento y, por últi-
mo, excisiones y luchas intestinas que ocasionaron
un entorpecimiento tan grande, que arrastraron al
abismo los intereses de la Patria.

El Mariscal de Campo D. Pedro Antonio Olañeta,
con temeraria imprudencia y con incomprendible
obcecación al frente de las tropas que ocupaban el
Alto Perú, se sublevó contra la autoridad del Virrey,
pronunciándose enemigo de la Constitución y soste-

nedor del Altar y del Trono, á pesar de que con sus hechos demostraba todo lo contrario; pues no vacilaba ni tenía escrúpulo alguno en saquear las iglesias, conventos y casa de moneda de Potosí y llevar el escándalo y abominación por todos los pueblos por donde pasaba.

Para que se comprenda la firmeza de convicciones de Olañeta, basta fijarse tan sólo en un trozo de la exposición que sobre estos acontecimientos elevara el Virrey Laserna á S. M., que copiado dice así: «Mi conducta en la administración que ejerzo es la que convenía únicamente á la conservación de este reino. Convencido de las críticas circunstancias que nos rodeaban, he hecho presente á V. M. que suspendí el curso de varias leyes constitucionales á fin de continuar la guerra con ventaja, y era tal la confianza que me inspiraban mi decisión y sacrificios por la causa que defendemos, que contaba con la aprobación de V. M. y de todo buen español, sin que ni remotamente pudiera sospechar el escandaloso proceder con que Olañeta intenta manchar las páginas de nuestros triunfos. Este General, que ahora pretende titularse el único defensor de la Religión y del Trono en el Perú, apellidándose anticonstitucional por antonomasia, fué el primero que me propuso la extinción de los conventos de Santo Domingo, San Agustín y San Juan de Dios de la villa de Tarija (oficio número 33), que yo no llegué á confirmar, no obstante la ley de 21 de Octubre de 1820, porque la primera y exclusiva de mis atenciones, después que me encargué del Virreinato, ha sido salvar y asegurar el país del tremendo naufragio que le amenazaba, requisito

sin el cual en vano eran todas las leyes y en vano serán las mejores y más paternales providencias de V. M.»

Al mismo tiempo que esto ocurría con Olañeta en el Alto Perú, Bolívar, ya vencedor en Carabobo y en Pichincha, invadía el Norte del Perú con su Ejército colombiano, llamando así á los separatistas de la América Austral que volaban á engrosar sus filas con incremento progresivo.

En presencia de este doble peligro, el Virrey Laserna organizó dos Ejércitos, que se titularon: el uno, Real del Sur, al mando del General Valdés, para perseguir á Olañeta; y el otro, Real del Norte, mandado por el General Canterac, para oponerse á la invasión de Bolívar.

En la proclama que este libertador general de la América del Sur dió á los peruanos desde Huancayo, les decía: «Dos grandes enemigos acosan á los españoles del Perú, el Ejército unido y el del bravo Olañeta, que, desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo á los enemigos de América y á los propios suyos. El General Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana, y yo los considero como eminentes beneméritos, acreedores á las mayores recompensas. Así, el Perú y la América toda deben reconocer en el General Olañeta á uno de sus *libertadores*.»

Pasaré por alto las operaciones del Ejército Real del Sur, pues siempre me ha repugnado el estudio de los hechos de armas entre españoles, que con una misma bandera desangran y aniquilan á su

Patria por sutilezas del más exagerado fanatismo político. Los triunfos de estas luchas en una y otra parte no son victorias que lisonjean, sino desgracias que avergüenzan y entristecen al verdadero patriotismo.

Ocupémonos, pues, de las operaciones del Ejército Real, concentrado al Norte al mando de Canterac contra las huestes enemigas del nombre español.

Dichas huestes se aproximaban al valle de Jauja, donde Canterac se hallaba, poseídas del mayor entusiasmo y engreimiento, pues hay que tener en cuenta que contaban con los sumandos vencedores en Carabobo, Pasto, Pichincha, Chacabuco y Maipú, dirigidas por caudillos de la talla de Bolívar, Páez, Sucre, San Martín, y de Generales y jefes ingleses vencedores de las falanges de Napoleón. Con una caballería que entonces podía reputarse como la mejor del mundo, compuesta de terribles jinetes, como los *Uaneros*, los *gauchos* y los *guasos*.

Era el 1.º de Agosto de 1824, y el Ejército independiente se encontraba en Pasco, de donde partió al siguiente día, tomando la dirección del Sur por la falda oriental de la cordillera de los Andes, dejando á la izquierda la laguna Lauricocha para dirigirse hacia el valle de Jauja.

Canterac se hallaba escaso de noticias acerca de estos movimientos, ignorando la verdadera idea del enemigo, y con objeto de salir de aquella angustiosa incertidumbre, emprendió sus operaciones con un movimiento general, proponiéndose buscar al enemigo y batirle en formal batalla. Su fuerza constaba

de ocho Batallones, distribuidos en dos Divisiones, al mando de los Mariscales de Campo Monet y Maroto; 1.300 caballos, á las órdenes del Brigadier Bedoya, y nueve piezas de artillería.

Antes de continuar, hay que advertir que Canterac tenía una vocación decidida por el arma de caballería, á la cual le daba siempre una importancia preferente, estorbándole sobremanera la infantería y la artillería, las cuales no sabía ni quería emplear la mayor parte de las veces, y este censurable error bien caro le costó en esta ocasión.

El 5 de Agosto divisó el Ejército Real al independiente en Carhuamayo, en donde posicionó á la infantería y la artillería bajo el mando del General Maroto, á quien correspondía por ser más antiguo que Monet, mientras que el General en Jefe con toda la caballería practicaba un reconocimiento sobre Pasco. De este reconocimiento resultó que el enemigo marchaba en dirección del valle de Jauja por Yauli; es decir, en dirección completamente opuesta y paralela á la que Canterac llevaba.

En vista de esto, y ante el temor de verse cortado en su línea de operaciones, se retiró el General en Jefe hacia su infantería, disponiendo al propio tiempo un cambio general de frente, y al amanecer del siguiente día, 6 de Agosto, contramarchó todo el Ejército por el mismo camino que había traído el día anterior.

A las dos de la tarde reconoció el General Canterac al enemigo posicionado por su derecha, el cual adelantó su caballería en número de 900 jinetes en columnas con distancias, apoyando la derecha en los

cerros de Junín y la izquierda en un extenso pantano, imposibilitados de todo despliegue.

Entonces el General en Jefe dispuso que la infantería y las piezas continuaran su retirada al punto de partida, y él, al frente de toda la caballería, formada en batalla, cargó con denuedo á la contraria, que impávida permanecía á pie firme lanza en ristre.

Como á pesar de la superioridad numérica no podía envolver á la masa contraria, porque los empinados cerros y el pantano lo impedían por los flancos, resultó que el choque eficaz de toda la caballería española se redujo tan sólo al frente de dos escuadrones desplegados, que fueron bien pronto rechazados por la inmóvil caballería insurgente; produciéndose una completa revolución y arremolinamiento que no tardó en transformarse en una verdadera dispersión, desastre y derrota.

Dos cosas originalísimas se notan en esta desgraciada acción: es la primera el ejemplo, tal vez el único hasta entonces en la historia militar, de que una caballería inferior en número resista y rechace á pie firme á otra muy superior; y es la segunda, bien peregrina por cierto, de que se dé una batalla sin que la infantería haya hecho ni un solo disparo y sin que la artillería haya preparado ningún ataque.

Excusado es decir que con este golpe fatal y con la traidora conducta de Olañeta, el poder de España en el Perú quedaba vacilante é insostenible, otro golpe más y todo se habría perdido. Ya en nada se podía confiar esperanzas: el Ejército independiente se paseaba triunfante por todo el territorio y su ban-

dera ondeaba por todas partes; mas la virilidad española todavía existía, aún había un puñado de valientes que no se amilanaban, que no creían terminada su misión, que se consideraban con alientos bastantes para seguir luchando por España, que querían aún probar sus fuerzas en una última y decisiva batalla y para ella se preparaban y en ella sucumbían como veremos en el siguiente artículo.



Batalla de Ayacucho.

HABÍAN transcurrido trescientos años desde que el invicto pabellón español se desplegó altivo sobre todo un hemisferio; para cubrir al hermoso continente que reclina su cabeza en el polo Norte y sumerge sus pies en los helados y desiertos mares antárticos, y sonaba en el reloj del destino de las naciones la hora de la emancipación de éste, para formar otras nuevas con un porvenir halagüeño desposeídas de petrificadas tradiciones y ansiosas de formar una brillante historia.

La vetusta España de Colón, Cortés y los Pizarros recogía y arrollaba su glorioso pabellón para ofrecerlo en los altares del Altísimo, como holocausto y testimonio del cumplimiento de su misión civilizadora en el Nuevo Mundo.

La América, con el valor de sus hijos y con la protección de todas las poderosas naciones europeas, hasta de la remota Rusia, consigue su independencia, sellada con la memorable batalla de Ayacucho de que hoy vamos á ocuparnos.

La causa del absolutismo del voluble Rey Fernando VII había triunfado del régimen constitucional, y en 19 de Diciembre de 1823 se promul-

gaba el Real decreto en que se nombraba Virrey del Perú al veterano Teniente General D. José de Laserna, publicándose en todas las provincias del Virreinato dicha soberana disposición en 9 de Agosto de 1824.

El General Valdés, que, como hemos dicho, se hallaba al frente del Ejército Real del Sur, en persecución del rebelde Olañeta, invitó á éste para que en vista del cambio político que se había verificado en la Península, diera por triunfada la causa que pretendía defender, y se uniera al Ejército leal para acabar con la insurrección separatista, que se mostraba orgullosa por la victoria alcanzada en Junín. Mas en vano; la desmesurada ambición de Olañeta no se conformaba con la sumisión al nuevo Virrey; sólo el nombramiento de tal hubiese sido lo único que le hubiera hecho abandonar su actitud facciosa, y así fué que despreció la susodicha invitación continuando en activa rebeldía.

Al llegar Bolívar á Huamanga confía al General Sucre el mando del Ejército libertador, regresando él á la costa y el Virrey con las tropas de Valdés y las derrotadas de Canterac, forma un Ejército de 9.000 hombres bajo su mando directo, tomando inmediatamente la ofensiva.

En presencia de esta reacción, Sucre, que contaba con unos 7.000 combatientes, inicia su retirada al Norte y es obligado por el Virrey á desalojar la ventajosa posición de Bombón, haciéndole sufrir un descalabro en Corpahuaico el día 3 de Diciembre de 1824.

Pasaron la noche ambos Ejércitos separados por

la profunda barranca de Corpahuaico, y al amanecer emprendió la marcha la División Monet con objeto de atravesarla por el Oeste para correrse por la izquierda y amenazar el flanco derecho de Sucre, y al comprender éste el movimiento, continuó su retirada en buen orden, seguido siempre del Ejército realista hasta la tarde del día 4 en que hizo alto en el pueblo de Tambocangallo, protegido por la gran quebrada de Acroco.

Así amaneció el día 5, resultando Sucre en situación bien comprometida; puesto que el terreno que se le presentaba por la izquierda y retaguardia era escarpadísimo y hendido por terribles desfiladeros y grietas profundas, y por la derecha estaba amenazado por el Brigadier Monet; de suerte que no tenía más que dos soluciones: ó arriesgarse á aceptar la batalla en tan desventajoso estado, la cual tenía perdida *á priori*, ó abandonar con tiempo aquellas posiciones. Por fin, se decidió á esto último, atravesando la quebrada Acroco, por cuyo fondo corre el río Pangora, en dirección de Quinoa; siguiendo el Ejército del Virrey el día 6 un movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaicasa.

Como los pueblos todos del Perú eran tan volubles, que siempre se pronunciaban por la causa del que últimamente había vencido ó estaba en probabilidades de conseguirlo, la villa de Huanta, al saber la noticia de que el Ejército independiente iba de retirada y que le seguía de cerca el realista, se levantó en favor de éste, y á su ejemplo hicieron lo mismo varios otros pueblos de la provincia de Huancavelica, produciéndole esto á Sucre una nueva contrariedad

de gran importancia moral y material, pues que se le cortaba la retirada obstruyéndole su marcha al Norte. Parecía como que la suerte se inclinaba del lado de los españoles y que se acercaba el momento de destruir al apurado Ejército enemigo; mas aconteció todo lo contrario, debido á la serenidad de Sucre y al arrojo temerario y extemporáneo de los caudillos españoles, que en su precipitación por acabar pronto y en su engreimiento por las ventajas obtenidas, no calcularon bien adónde les podía conducir las imprudencias que cometieron.

El día 8 continuó su marcha el Virrey por la vertiente oriental de los Andes, extendiéndose por las cumbres para bajar á la falda y ocupar el empinado cerro de Condorcanqui, desde donde se dominaba una pequeña planicie llamada *Ayacucho*, donde se encuentra el pueblo de Quinoa. El General Sucre ejecutó un cambio de frente para darlo al de Laserna, dispersando algunas guerrillas de observación. Mandó el Virrey montar sus once piezas de artillería en las mesetas, con las cuales se cambiaron algunos disparos á las de los separatistas, mientras se establecía la línea de batalla en esta forma: la División de vanguardia mandada por Valdés, compuesta de cuatro Batallones, ocupaba la derecha; la de Monet, con cinco, el centro, y la de Villalobos, con otros cinco, la izquierda; y la caballería, al mando del Brigadier Ferraz, se ocupaba en descender de aquellas enriscadas sierras.

El Ejército de Sucre se distribuía á su vez en tres Divisiones de infantería y una de caballería, cubriendo la derecha el General Córdova con cuatro

Batallones y dos escuadrones, La Marc la izquierda con tres de los primeros y dos de los segundos, y Lara el centro con tres de aquéllos, dejando en reserva el grueso de la caballería á las órdenes del General inglés Miller.

La llanura que había de servir de campo de batalla estaba surcada diagonalmente por una barranca practicable para la infantería en toda su extensión y para la caballería por la parte de la izquierda española. Los flancos de ambos Ejércitos se encontraban apoyados en barrancos, pero el español tenía sobre su contrario la ventaja de estar situado en una altura de acceso difícil y con su retirada asegurada, mientras que el otro se hallaba sin ella expedita por ninguna parte.

«La decisión de la suerte del Perú (dice el General Camba) estaba abocada después de más de quince años de guerra: los dos Ejércitos beligerantes se hallaban en una situación verdaderamente difícil. Sucre no podía menos de reconocerse imposibilitado, se puede decir, de todo movimiento y reducido al extremo de perecer ó arrancar una victoria: el Virrey tampoco podía, por desgracia, guardar su formidable posición inactivo por absoluta carencia de víveres y forrajes; el mayor saber ó la mayor fortuna de los respectivos Generales en tan crítico estado iba á resolver un gran problema.»

Por otra parte dice el General anglo-insurgente Miller: «El General Sucre dirigió la retirada con gran tino; pero se habían reducido tanto sus fuerzas, que nada podía ya salvar su Ejército de una completa derrota sino un esfuerzo desesperado.»

Muy de lamentar es la precipitación con que emprendieron sus operaciones los leales, gastando sus fuerzas en apresuradas marchas por aquellas escabrosidades y desfiladeros sin cuento, de que se hallan cubiertas las faldas de los Andes, ocasionando considerables pérdidas en hombres enfermos, rezagados y desertores, y en las cargas que había precisión de abandonar por muerte y fatigas de las mulas: así fué que al descender á la falda occidental del cerro de Condorcanqui, el Ejército Real se encontraba sin raciones, ni medios de subsistencias, lo que produjo la necesidad de atacar resueltamente sin estar preparado para ello.

A eso de las once de la noche del día 8 de Diciembre se acercó á la línea española el General enemigo Córdova con las bandas de tambores de sus Batallones y algunos tiradores, rompiendo el ruidoso toque de *calacuerda* y un vivo fuego sobre el campamento; mas contestado éste con oportunidad por algunas compañías, pronto cesó aquella humorística alarma, continuando alegremente la noche los insurrectos al son de sus músicas que tocaban el *trágula* é himnos de su independencia.

Amaneció el 9 de Diciembre, y los dos Ejércitos permanecían en la situación que queda apuntada. A las nueve de la mañana se tocó orden general en el Ejército español para convocar á todos los Generales y jefes principales al Cuartel general, donde Canterac, Jefe de Estado Mayor general, expuso el plan de ataque y las disposiciones conducentes para la ejecución de todos los movimientos combinados, según las cuales, el General Valdés con sus cuatro Batallones, dos

escuadrones y cuatro piezas de artillería debía emprender la ofensiva por la derecha, empezando por desalojar un destacamento enemigo que ocupaba una pequeña casa y continuar forzando el flanco izquierdo de éste; el Brigadier Monet con sus cinco Batallones había de atravesar la barranca que dividía el campo y sostenerse en el borde oriental hasta que la División Valdés estuviera bien empeñada en la lucha; y por la izquierda la División Villalobos, también de cinco Batallones, había de adelantar el del Cuzco, mandado por D. Joaquín Rubín de Celis hacia el origen del barranco, para proteger el emplazamiento de siete piezas de artillería y luego atacar resueltamente el flanco derecho enemigo cuando viese á la derecha bien empeñada; el Batallón de Fernando VII debía permanecer en reserva á cubierto de un ribazo; delante de éste, los dos Batallones del Regimiento de Gerona, desplegados en línea, y más á vanguardia el del Imperial Alejandro. La caballería, después que concluyese de bajar por aquellas estrechas y tortuosas veredas y vericuetos del Condorcanqui, había de formar á retaguardia del centro por Brigadas.

Quisieron algunos Generales exponer los inconvenientes que se les ofrecía para el cumplimiento de aquellas órdenes, mas el General Canterac manifestó que no admitía discusión alguna, con lo que cada uno se retiró para ejecutar ciegamente lo que se les mandaba. Sin embargo, el Brigadier Camba se permitió objetar:

—¿Permite el terreno de aquí al llano que puedan bajar de frente dos caballos siquiera, aunque los jinetes los lleven del diestro?

—Sí, señor, y no admito réplicas, Sr. Brigadier— dijo Canterac (1).

A las diez de la mañana emprende Valdés su movimiento, consiguiendo después de un vivo tiroteo que quedara libre la casa ocupada por un Batallón insurgente mandado por Rivero, y antes que empezara el ataque del ala izquierda de los contrarios, el Coronel Rubín de Celis, que, como queda dicho, debía esperar en la izquierda nuestra á que se descargasen y pusiesen en batería las siete piezas, enardecido sin duda por el fuego nutrido que oía por la derecha, manifestó al General Villalobos que tenía órdenes del General Canterac para arrojarle con su Batallón contra la derecha enemiga, á lo cual respondió dicho jefe de la División que todavía no era hora, puesto que, según lo prevenido, no estaba empeñada con ventaja la División Valdés; mas el Coronel insistió diciendo que tenía orden verbal terminante del jefe del Estado Mayor general para obrar así.

—Pues entonces haga Ud. lo que quiera y Ud. cargará con la responsabilidad de ese ataque prematuro—dijo Villalobos.

Entonces el Coronel Rubín de Celis, con una bazarria asombrosa, se arrojó al frente de su Batallón, cargando á la derecha del Ejército enemigo. Esta, que hasta entonces había permanecido inmóvil, al mando de Córdoba, contraatacó cargando en columnas cerradas y desbaratando al dicho Batallón, su-

(1) Es inexacto, pues, lo que dice Torrente de que los Generales se reunieran para *deliberar* sobre el modo y forma de dar la batalla.

cambiando en la refriega el bravo Rubín de Celís, en unión de otros denodados jefes, oficiales y soldados.

Continúa en la embestida la División enemiga y arrolla, deshace y dispersa á toda la de Villalobos. El escuadrón de San Carlos hace prodigios heroicos para contener aquella avalancha; mas en vano, estos sublimes esfuerzos no encontraron más recompensa que quedar todo él tendido en el campo de batalla, acuchillado por los soldados de Córdova.

Entonces el General Canterac dispone que la División Monet, que estaba intacta, atravesase precipitadamente la barranca y cargue al centro enemigo; mas al advertirlo Sucre, lanza contra ella dos Batallones de la División Lara, toda la caballería colombiana y la División vencedora de Córdova, que hace se dirija hacia el centro. Llegan á cruzarse las bayonetas en el momento en que tan sólo dos Batallones de Monet habían llegado al borde opuesto del barranco y lo estaban pasando los otros tres; así fué que sólo esos dos Batallones tuvieron que recibir el empuje de fuerzas inmensamente superiores, teniendo que sucumbir ante ellas, no sin haber resistido y luchado con heroísmo hasta el último momento, cayendo herido el Brigadier Monet, muertos tres jefes de Cuerpo y desbaratados los cinco Batallones que dejaron el barranco cubierto de cadáveres y heridos.

Todo esto ocurría sin que la caballería hubiera aún concluído de bajar al llano, y en tan críticos momentos, el Virrey dispuso que los tres escuadrones que ya lo habían hecho, con su jefe á la cabeza, Teniente Coronel D. Domingo Vidart, cargasen con intrepidez, á fin de ver si conseguían contener aquel

brusco y tremendo ataque, movimiento que ejecutaron con la mayor rapidez. Empero la caballería de Colombia repite lo que en Junín y espera en la posición de firmes y con sus enormes lanzas enristradas, deteniéndose nuestros escuadrones y estableciéndose una horrible y desigual lucha, que terminó cuando la mayor parte de nuestros jinetes caían de sus caballos muertos ó heridos.

En tan desesperada situación, el valiente Virrey Laserna reúne todos los dispersos que quisieron oír su patriótica voz y con ellos se arroja á lo más encarnizado de la pelea, donde fué envuelto recibiendo seis honrosas heridas y cayendo prisionero. Lo que acabó de hacer perder la fuerza moral así que la noticia se divulgó por toda la línea.

En la derecha Valdés, que había alcanzado grandes ventajas sobre la División La Marc, continuaba en ellas, cuando se vió acometido por todo el Ejército enemigo en masa y asimismo fué arrollado completamente, entregándose él á la desesperación, cruzándose de brazos y esperando impávido la muerte, de cuyo estado lo sacaron varios oficiales tirando de él y diciéndole:

—Huya, mi General, que ya nada podemos hacer.

--Yo no puedo sobrevivir á tanta deshonra, dejadme morir—gritaba el heroico Valdés.

Mas, por fin, lograron casi á la fuerza llevárselo hacia la cumbre de la cordillera, donde se habían reunido los Generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros jefes, con unos 200 soldados de todas armas y Cuerpos. Una vez allí, Canterac les manifestó con amargura que en su concepto el Perú estaba perdido y que no había ya más medios que los de con-

ciliación con el enemigo y proponerles una honrosa capitulación.

—Si en Olañeta quedara algún rastro de patriotismo, todavía éste podría salvarlo y no sería malo intentar la retirada hacia el Cuzco para reunirnos á él—objetó el Brigadier Camba.

—Olañeta es tan enemigo nuestro como Sucre y Bolívar—replicó Valdés.

—Señores, yo no me rindo á nadie—profirió el Coronel Pacheco,—me marcharé á la costa y allí buscaré barco que me lleve á la Península—como así lo hizo en seguida.

Estando en estas disquisiciones se anunció por retaguardia la presencia de un oficial enemigo con bandera blanca, á quien seguía el General La Marc.

Se les dió pasó y manifestaron que el General Sucre estaba dispuesto á conceder á los vencidos una capitulación tan amplia y honrosa como sus altas facultades se lo permitiesen, á fin de poner término á tantas desgracias como sobre el Perú habían caído durante quince años consecutivos.

Entonces el General Canterac se ofreció á ir personalmente al campo de Sucre, en unión de La Marc, para conferenciar sobre este transcendental asunto. Así se llevó á efecto, regresando Canterac con las bases que después de algunas discusiones quedaron convenidas, bases con las cuales se conformaron los demás Generales y jefes, quedando acordada la redacción para el día siguiente (1).

(1) Por considerar este documento de gran importancia histórica se copiará á continuación de este capítulo.

Dice un testigo presencial de esta batalla al hacer el juicio crítico de ella: «El Ejército independiente se componía en su mayor parte de soldados colombianos aguerridos que distaban 500 y 1.000 leguas de sus hogares, contaba con muchos jefes y oficiales experimentados y con varios extranjeros de nombradía. El General Sucre se condujo como conocedor de la difícil situación en que se hallaba colocado, y es menester confesar que supo sacar con inteligencia el partido que la necesidad aconsejaba, ya que los españoles, olvidando el antiguo adagio de *al enemigo que huye la puente de plata*, se sirvieron de la mayor movilidad de sus tropas para impedirles la continuación de la retirada, aunque con el plausible fin de alcanzarlos y batirlos. Tal vez éste haya sido el error más de sentir que produjo la demasiada confianza propia en esta campaña; porque si el Virrey Laserna se establece al Sur del río Pangora, pone expedita la comunicación con el Cuzco y demás provincias de retaguardia, pensamiento que indicó en la junta de guerra celebrada en Carhuanca, organiza y repasa de nuevo sus fatigadas tropas con los recursos de la misma provincia de Huamanga, toda ya, se puede decir, en su poder, y desde esta potente base de operaciones no pierde de vista al enemigo, le hostiga con un sistema bien entendido de guerra de montaña, y fomenta y protege el buen espíritu que empezaba a manifestarse en algunos pueblos y que cundió hasta los del Norte de Huancavelica; Sucre se habría visto en la absoluta necesidad de continuar su retirada y con grandes dificultades para superar sólo por falta de medios de subsistencia, y no hubiera podido

detenerse ni en la provincia de Huancavelica, y acaso ni en la de Tarma, cuya recuperación por el Ejército Real hubiera aumentado su crédito como una victoria, y dado nuevo esplendor, como convenía, al favorable prestigio del Virrey español.»

Además de las consideraciones acertadas de este autor, hay que tener en cuenta que la suma movilidad á que se sometió el Ejército defensor de la causa española, operando entre aquellas fragosísimas montañas, profundos valles y resquebrajado terreno, trajo consigo, no sólo una enervante fatiga á las tropas, si que también la pérdida de todas las provisiones á través de un país despoblado, por imposibilidad de arrastres y acarreos á lomo en las acémilas que caían muertas ó rodando por aquellos precipicios. La caballería, por otra parte, tenía que marchar de á uno y llevando los soldados de la mano á los caballos por estrechas y retorcidas veredas; tanto así, que cuando se trabó batalla no llegaron á estar disponibles más que tres escuadrones, y los demás como si no existieran.

El desacierto cometido por el Coronel Rubín de Celis puede considerarse como origen de todo el desastre, que pudo muy bien evitar el General Villalobo; pues la invocación de órdenes del jefe del Estado Mayor general manifestada por aquél, no pudo eximirle de responsabilidad; primero, porque conocía y confesaba lo inoportuno é imprudente del ataque de aquel Batallón, y segundo, porque después de haber oído y visto el criterio cerrado del General Canterac, que no permitió le hicieran ni la más ligera objeción á su plan, no debía haber consentido su variación, á menos de recibir orden verbal

ó escrita del mismo General, ó transmitida por uno de sus ayudantes ú oficiales de Estado Mayor.

Ya en todas las demás fases del combate no se ve sino un completo aturdimiento en nuestros dos caudillos principales, que perdieron su serenidad al ver vacilante y comprometida su izquierda, viniendo á proporcionarle al General enemigo, que no perdió ni un momento su serenidad, que sucesivamente fuera haciendo caer todo el grueso de su ejército sobre cada una de las tres Divisiones españolas, y así desbaratarlas en fuerza de la superioridad numérica.

Hay que tener en cuenta, además, en descargo de los Generales españoles, tanto en esta batalla como en todas las de estas campañas, la clase de soldados con que operaban, que no eran españoles europeos (baste decir que en esta de Ayacucho no llegaban á 500 los peninsulares, incluso Generales, jefes y oficiales), sino indios reclutados días antes de una acción é instruídos en una ó dos semanas, pasados del enemigo ó prisioneros, que se les obligaba á servir forzosamente; causas todas que explican la propensión que tenían á desertar y á dispersarse en cuanto veían sobre sí fuerzas mayores ó que en algún punto de su línea se pronunciaba el desorden; y esto no sólo en las acciones desgraciadas, sino aun en las victoriosas: después de ellas, se desertaban diciendo luego con mucha tranquilidad, cuando se les tomaba declaración en las sumarias que por dicho delito se les instruí: *Yo ya gané la batalla, señor, y mientras no haya otra me voy á cuidar de mi casa y de mi familia.* Con el fin de prevenir esto, tenían los jefes españoles que evitar en sus movimientos el pasar ó dete-

nerse mucho en las poblaciones, teniendo que marchar la mayor parte de las veces por terrenos des poblados. Además, el carácter de los pueblos no dominados por los dos Ejércitos beligerantes era tal, que se levantaban en favor de aquel que hubiese vencido últimamente ó que estuviese próximo á conseguirlo.

Únanse todas estas causas eficientes al desconcierto que reinaba en España por las violentas conmociones políticas en que ardía, que hacían descuidar los importantes asuntos de América, y, por último, el fraccionamiento que produjo la traición de Olaneta, y se comprenderá, los titánicos esfuerzos que hacían aquellos beneméritos militares, que rodeados de adversidades, privaciones, enemigos ocultos y ostensibles é idiosincrasia del país leal, para sostener enhiesto el glorioso pabellón español, hasta el último momento.

Lejos de apreciar todas estas consideraciones los coetáneos de dichos bizarros guerreros, echaron sobre ellos un padrón de ignominia, considerándolos como reos del enorme delito de lesa patria, relegándolos al ostracismo á su regreso á España y motejándolos á todos con ironía y desdén bajo el apodo de *ayacuchos*, incluso al ilustre duque de la Victoria (1),

(1) En esto se cometía un anacronismo, pues da la rara coincidencia de que, el mismo día 9 de Diciembre de 1824, en que se daba la batalla de Ayacucho, el entonces Brigadier Espartero se embarcaba en Cádiz de regreso al Perú, terminada la comisión que le confió el Virrey de dar cuenta verbal á S. M. del estado en que se hallaba aquel Virreinato, y en especial de la inexplicable conducta del Brigadier Olaneta. (Véase su biografía.)

estigma del que es tiempo ya les indulte la justicia histórica, pues que las pasiones se han calmado á través de dos generaciones y la debida imparcialidad exige se vindique la acrisolada conducta de aquellos esforzados militares, que luego supieron conquistar inmarcesibles laureles en nuestra primera guerra civil. Y ya que en el presente año conmemoramos el cuarto Centenario del descubrimiento de América, recordemos que, si con su preciosa sangre la arrancó España de las tinieblas de la barbarie pagana, con la misma generosa sangre la entregó en el *siglo de las luces* á los esplendores de la cristiana civilización.



Acta de la capitulación de Ayacucho.

«Don José Canterac, Teniente General de los Reales Ejércitos de S. M. C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excmo. Sr. Virrey D. José de Laserna, habiendo oído á los Sres. Generales y jefes que se reunieron después que el Ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo á las tropas independientes; y debiendo conciliar á un tiempo el honor á los restos de estas fuerzas con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el Sr. General de División de la República de Colombia, D. Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

»1.º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado á las armas del Ejército unido libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

»Concedido; y también serán entregados los restos del Ejército español, los caballos de tropa, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al Gobierno español.

»2.º Todo individuo del Ejército español podrá libremente regresar á su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entretanto la debida consideración y socorriéndole, á lo menos, con la mitad de la paga que corresponda mensualmente á su empleo, ínterin permanezca en el territorio.

»Concedido; pero el Gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que

marcharen á España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la Independencia, y ningún individuo podrá ir á punto alguno de América que esté ocupado por las armas españolas.

»3.º Cualquiera individuo de los que componen el Ejército español será admitido en el Perú en su propio empleo si lo quisiere.

»Concedido.

»4.º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados á favor de la causa del Rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto tendrán derecho á todos los artículos de este tratado.

»Concedido, si su conducta no turbase el orden público y fuese conforme á las leyes.

»5.º Cualquiera habitante del Perú, bien sea europeo ó americano, eclesiástico ó comerciante, propietario ó empleado, que le acomode trasladarse á otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado protección hasta su salida; y si eligiese vivir en el país será considerado como los peruanos.

»Concedido, respecto á los habitantes del país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

»6.º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse á la Península y tengan allí intereses de su pertenencia.

»Concedido, como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil á la causa de la libertad y de la independencia de América, pues en caso contrario el Gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

»7.º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del art. 5.º, y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del Ejército.

»Concedido.

»8.º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída

hasta hoy por la Hacienda del Gobierno español en el territorio.

»El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga á los intereses de la República.

»9.º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, y si alguno ó algunos no lo fuesen ó prefiriesen trasladarse á otro país, serán comprendidos en los arts. 2.º y 5.º

»Continuarán en sus destinos los empleados que el Gobierno guste confirmar, según su comportamiento.

»10. Todo individuo del Ejército ó empleado que prefiera separarse del servicio y quedarse en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

»Concedido.

»11. La plaza del Callao será entregada al Ejército unido libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

»Concedido; pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias será entregada á disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

»12. Se enviarán jefes de los Ejércitos españoles y unido libertador á las provincias para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

»Concedido, comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas á los jefes independientes en quince días y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

»13. Se permitirá á los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú por el término de seis meses después de la ratificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

»Concedido; pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco á su salida del Pacífico; siendo obligados á salir de todos los mares de América, no pudiendo tocar en Chiloé ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

»14. Se dará pasaporte á los buques de guerra y mercantes españoles para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de la Europa.

»Concedido, según el artículo anterior.

»15. Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro Ejército.

»*Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que completamente restablecidos dispongan de su persona.*

»16. Los Generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas, y podrán tener consigo á su servicio los asistentes correspondientes á sus clases y los criados que tuviesen.

»*Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos á las leyes del país.*

»17. A los individuos del Ejército, así que resolviesen sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias é intereses y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar á su destino.

»*Concedido.*

»18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado se interpretará á favor de los individuos del Ejército español.

»*Concedido; esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.*

»Y estando concluídos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convengan. Dados, firmados de nuestras manos, en el campo de Ayacucho á 9 de Diciembre de 1824.—**JOSÉ CANTERAC.**
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.»



Post scriptum.

Doy por terminado mi trabajo; en él, como ha visto el paciente lector, no aparece un estudio completo de estas campañas, ni nada se discute, ni nada se pretende enseñar, y hasta la erudición literaria brilla por su ausencia.

Esto tiene dos explicaciones que me apresuro á dar: es la primera, que no puedo verter en estos mal pergeñados artículos, lo que no poseo; ni ingenio, ni instrucción, ni luces suficientes para completar un plan, que sirva de base al verdadero estudio crítico-histórico; y es la segunda, que aunque poseyera todos estos tesoros, me faltaría siempre el tener á mi disposición los innumerables datos que se encuentran esparcidos en los archivos de España y América, poder reunir además todo lo que se ha escrito allende y aquende el Atlántico, referente á esta guerra y tiempo suficiente para desarrollar tan vasta idea.

Obra es esta reservada á esas eminencias, que consagran todas sus energías al continuo y meditado estudio, ilustrados con una clarísima inteligencia y con una viva imaginación.

Mi objeto, como ya ofrecí en las consideraciones generales sobre esta guerra, no ha sido otro que el llamar la atención de esas autoridades y de los demás

compañeros laboriosos é instruídos en las ciencias militares, á fin de excitarles á emprender el trabajo que llene el hueco notado en nuestra historia militar contemporánea, y al efecto trato de presentarles un imperfecto *canevás* del plano que hace falta levantar.

Ni aun siquiera he relatado sucesivamente todos los hechos de armas, sino pegando saltos cronológicos para marcar á manera de jalones los vértices principales de dicho *canevás*; pues en mi humilde sentir, tiempo es ya de que la historia saque del olvido esas proezas y desgracias por que pasó nuestra Nación en el primer tercio de este siglo; porque si hasta ahora razones de prudencia aconsejaron no ocuparse de ellas, por llevar envueltas reputaciones de personajes que aún vivían, éstos ya han ido desfilando á la eternidad y á más las pasiones políticas que podían informar los juicios que se emitieran, han sido ya apaciguadas ó han cambiado de rumbos é ideales.

Así, pues, ruego á quien lea estas páginas sueltas que no vea en ellas una obra completa, sino un deseo de que ésta exista y que se sirva disculpar mi osadía en gracia á mi buena voluntad.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tratado elemental de Aritmética (inédita).

Geografía militar de la Península Ibérica.

Estudio geoestratégico de Portugal en el supuesto
de una agresión por la costa.

JT 39920

39920